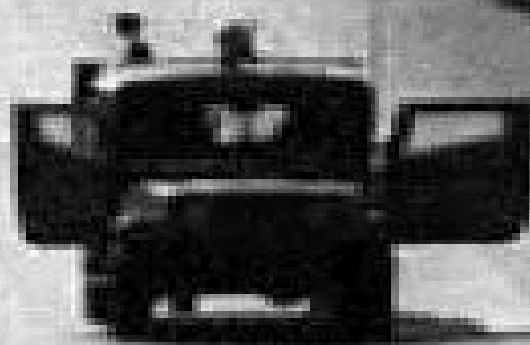
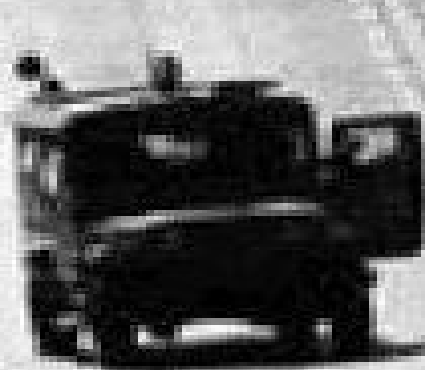




Jorge Lanata

LA GUERRA DE LAS PIEDRAS



Ediciones P/L@

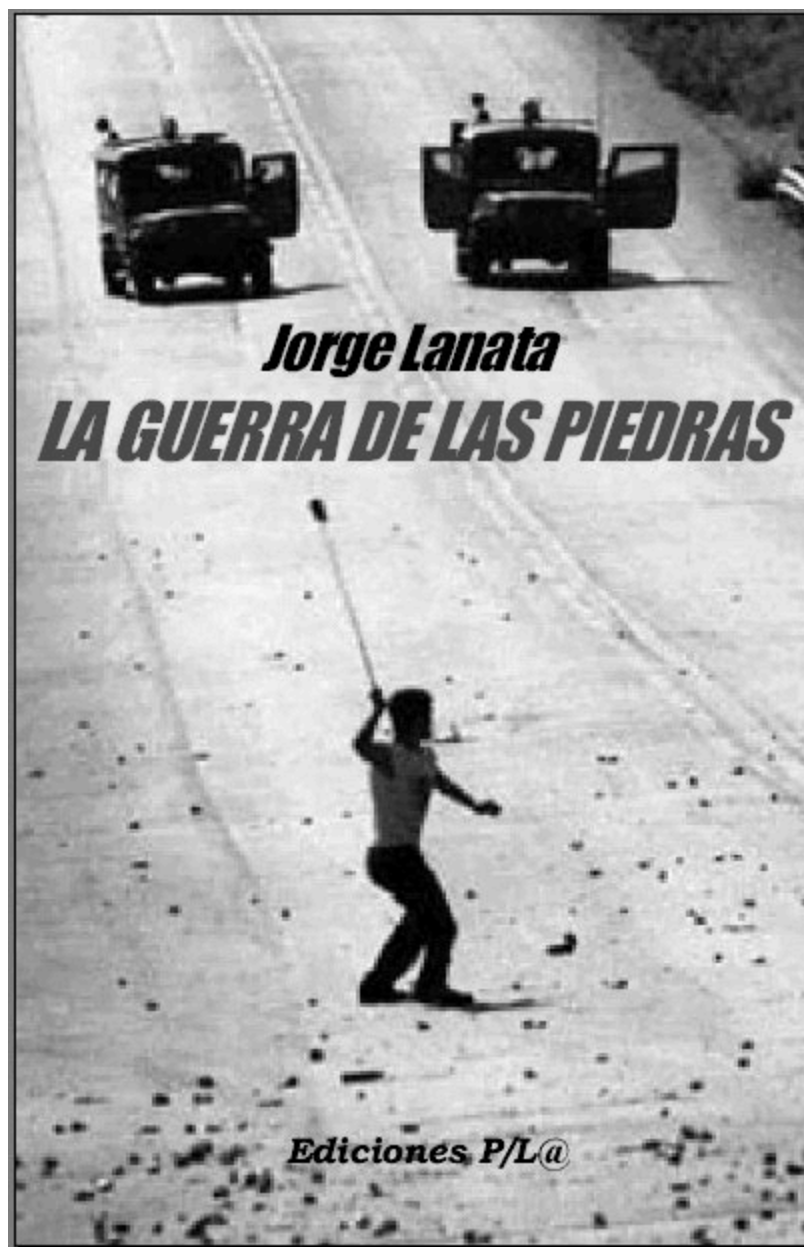
La Guerra de las Piedras

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com

Jorge Lanata
La Guerra de las Piedras

OceanofPDF.com

LA LINEA VERDE

El micro va hacia ninguna parte. Cruza un puente a toda velocidad y después retoma la entrada al aeropuerto de Londres. Alguien dice que, como argentinos y sin visa, no podemos pisar suelo británico. Es lo mas parecido a una explicación hasta que el micro se detiene con un ronquido frente a una oficina de seguridad del aeropuerto. Los veinte argentinos que viajamos a Tel Aviv vía Londres y Amsterdam formamos una fila que evita cuidadosamente pisar la raya amarilla anterior al detector de metales.

—¡No se puede ir al free-shop! — se lamenta con desesperación de déme dos una docente cincuentona.

Un empleado del aeropuerto guía a la comitiva hasta las oficinas de EL AL, la línea aérea israelí. Nueva fila en un local atestado. Faltan dos horas, pero desde Amsterdam nos advierten: la revisión es larga y complicada, habrá que esperar.

Una mujer de traje sastre me señala otro mostrador. La foto de su credencial -que la lleva en el pecho- es idéntica a su cara: puede olvidarse con facilidad, pero da a la vez la impresión de ser una persona conocida. Un rostro común, es eso. La mujer ensaya su sonrisa número treinta y seis, y luego endurece la voz:

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Adónde viaja?

—Tel Aviv, Gaza y Cisjordania.

—¿Estuvo alguna vez?

—No.

—Conoce gente en Israel?

—No.

—¿Dónde va a parar?

—Imagino que en un hotel, algunos días en un kibutz.

—¿Cómo parará en un kibutz si no conoce a nadie?

Pregunta rápido y espera respuestas rápidas. En ese ping pong el interlocutor se transforma en culpable de inmediato.

—Viajó invitado por el MAPAM, el partido socialista israelí.

—¿Quién lo invitó?

—El MAPAM -digo, mirándola a los ojos y con cierta molestia.

—¿Tiene credenciales de su periódico?

Extiendo la credencial, enredada en el pasaporte y los pasajes. La mira con detenimiento. Pienso en pedirle permiso para fumar, pero prendo un cigarrillo con pequeña vergüenza. Un compañero se le acerca y cambian un par de palabras en hebreo.

—El MAPAM -digo, con tono de disculpame dio una lista de gente a entrevistar en Israel. ¿Quiere verla?

—Sí, por favor -y ensaya la sonrisa treinta y siete.

—Es esta.

—¿Va a ver a toda esta gente?

—Voy a tratar.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Treinta días...

—¿Hizo usted su equipaje?

—¿Que?

—Si armó usted su valija.

—Nnno... sssí. Sí, la armé yo.

—¿La revisó antes de cerrarla?

—Sí, la revisé.

—¿Lleva paquetes o regalos para alguna persona en Israel?

—No -miento. Llevaba algunos sobres y una bolsa con un mecano.

La mujer rebota la credencial sobre su palma y extiende una mirada insoportable.

—¿Ha visitado algún país árabe?

—No.

—Permítame de nuevo la lista.

Se aleja con el papel. A los diez minutos regresa.

—Hablamos con el señor Víctor Blit en TelAviv. Acaba de confirmarnos que lo esperan esta tarde en el aeropuerto. Muchas gracias.

—¿Ya dejé de ser culpable? — le pregunto, y la mujer sonríe sin contestar.

Un grupo de jóvenes argentinos discute en la sala de espera. Un adolescente rubio con camisa a cuadros enhebra un discurso a favor de las medidas de seguridad.

—¿Y las bombas en los aviones, eh? — remata una frase.

Algunos se contentan con la explicación. Al rato, el grupo deberá bajar a la pista. Ahí esta todo el equipaje en el suelo.

Hay que reconocerlo. Abrir las valijas, revisar si no hay nada extraño, volver a cerrarlas y avisar. En el acto serán precintadas «Security», afirma una pequeña calcomanía amarilla que será pegada sobre los bolsos.

Todas las bocinas suenan a la vez y el ruido es el de una bandada de gansos que se queja con desesperación. La autopista que comunica Tel Aviv con el kibutz Ramot Menashe está definitivamente embotellada. Los hombres que se desploman en el respaldo del asiento y eligen encender la radio del auto parecen habituados a este tránsito de las siete de la tarde. En media hora estarán en casa y podrán consagrarse a la televisión, en el país de mayor porcentaje de videocaseteras por habitante. Un 65 por ciento de los israelíes enlata su programa favorito o consume films a los pocos meses de estrenarse en el mercado.

Celso, un brasilero del movimiento Paz Ahora que será mi traductor por veinticinco días me mira con reprobación:

—El cinto.

—¿Qué?

—La fita, el cinto. Que te pongas el cinto. Son cien dólares de multa.

Voy a escuchar esa advertencia durante toda la estadía. Inspectores municipales atisban desde los sitios más insólitos de la ruta, y hace años que es obligación usar el cinturón de seguridad. Mi reacción inmediata es del todo argentino: cruzo el cinturón sobre el brazo, sin abrocharlo. Así es más fácil.

—Todo el cinto -dice Celso, y los dos nos reímos.

La fila avanza con dificultad. El mar es un borde verde y lejano a la izquierda de la autopista, que en el otro carril está desierta. Un par de camiones del ejercito cruzan a toda velocidad y son devorados por la entrada a la ciudad.

Adelante, en el camino, un grupo de soldados hace auto stop.

Un Mazda se detiene y los soldados entran acomodando el caño de las ametralladoras UZI. Después el auto vuelve a la fila. Lleva en la luneta trasera una calcomanía: «El pueblo contra la prensa enemiga», dice.

Una mujer de edad indefinida y piernas jóvenes se apoya contra un farol de alumbrado en un desvío. La fila avanza con indiferencia. La mujer ajusta sus medias y masca chicle esperando que el tiempo pase de una vez.

—¿Querés ir a Tel Baruj? — bromea Celso, y luego explica- es acá en el desvío, en el basurero. Ahí están las putas. Allá... Y cruza el brazo hacia el

mar, señalando.

–Ahí las contratás, pero ¿dónde...? – pregunto perseguido por la horizontalidad.

–En el auto, cogen en el auto. ¿Ves esos coches? Son de... de los... macrós, ¿cómo les dicen ustedes?

–Fiolos, vividores.

–Eso, fiolos -deletrea- se quedan a un costado y las vigilan de cerca.

El nudo del tránsito comienza a desatarse y los coches -en su mayoría europeos, con placas amarillas- se disputan metro a metro el pavimento.

–¿Qué es ese número adelante de la chapa?

–El año, el modelo del auto. Lo pusieron hace poco. ¿Sabes que pasó? Desde que el año aparece en la placa, aumentó la venta de coches nuevos.

Más de la mitad de los israelíes tiene automóvil. Un ochenta por ciento posee teléfono y todos ganan más de setecientos dólares al mes. En el caso de los árabes las diferencias resultan abismales: un diez por ciento tiene auto, y el salario -por el mismo trabajo- es de ciento setenta dólares en la franja de Gaza y de doscientos dólares si es en territorio de Israel.

–Esos son colonos -dice Celso señalando una camioneta, después se arrepiente- bah, colonos. Son conquistadores.

La mayoría de los partidos de derecha comenzaron a colonizar las tierras ocupadas a los palestinos en 1970, tres años después de la guerra. Las facilidades económicas y las líneas de crédito fueron tan estimulantes que muchos prefirieron dejar la ciudad y volver a empezar en los territorios.

Algunas de las villas de los colonos están cubiertas por alambre de púas. Y en general se ubican cerca del destacamento militar. Recién una semana más tarde veré esa escena patética: un grupo de jóvenes tomando sol en una pileta, a metros de un alambrado de seguridad, recostados con la boca abierta a la sed, como si nada existiera.

–Ahí se ve claro, mirá -señala Celso.

–¿Qué? – pregunto, mientras el sol se desmaya definitivamente sobre la tierra.

–La línea verde. Mirá: hasta allá, donde se ven los árboles, la forestación, es israelí. Pasando, son territorios ocupados. Son aquellos color ceniza, ¿alcanzás a ver?

A los cuarenta y cinco minutos de viaje, un cartel afirma «Ramot Menashé 15». En el auto la radio insiste con una cortina musical.

–This is the voice of peace (esta es la Voz de la Paz).

Es la única radio que transmite en inglés -el resto lo hace en hebreo- y está ubicada fuera del territorio continental. La Voz de la Paz es un barco. Un locutor asegura que el día terminará nublado y que por la mañana bajará la temperatura. Otro agrega noticias: hubo disturbios en Ramallah, hay ocho árabes detenidos, entre ellos el presidente del Colegio de Abogados local. Ya han pasado tres meses de la guerra de las piedras. Los detenidos llegan a tres mil, y los muertos son más de ochenta. El JeruPalem Post que compré en el aeropuerto asegura en su primera plana que poco puede esperarse de la visita de Shultz. El ministro israelí de Justicia -dice el diario en un recuadro- ha afirmado en Estados Unidos: «Los árabes son mentirosos de nacimiento». En unos días será el primer ministro Itzhak Shamir quien viaje a Washington. Los norteamericanos regalan dos mil quinientos millones de dólares al año a Israel a modo de subsidio, y la colonia judía de Nueva York está preocupada por la imagen internacional del país. La preocupación se extiende a Henry Kissinger, pero por razones diversas: el New York Times acaba de publicar un memorándum confidencial en el que el ex secretario de Estado aconseja a Julius Berman, ex presidente de las Organizaciones Judías Norteamericanas. «Como primera medida -dice Kissinger- hay que sacar a la televisión, al estilo de Sudáfrica. Hay que terminar con los disturbios lo más rápido posible y en forma enérgica y brutal.»

Ayer, después de dos semanas de silencio, Kissinger habló para el Washington Post. No desmintió el contenido del memo, pero expresó su «indignación, esas noticias no tendrían que haber sido filtradas a la prensa».

Celso estaciona el Ford Fiesta e informa que en el kibutz no se puede andar en auto, a menos que se trate de una emergencia. A esta hora todos están en el comedor.

Hay saludos amables y algunas preguntas. Antes de acomodar el equipaje pasamos por la casa de los chicos.

Allí viven los niños desde los seis meses. Todos juntos, cuidados a la mañana por sus maestros y a la noche seguros por un control electrónico: un micrófono permanente detecta cuando alguno de los niños llora y acude alguno de los integrantes del kibutz, que se turnan en la guardia.

Al otro día tendrán escuela -o jardín- por la mañana y a la tarde, de cuatro a ocho, estarán con sus padres. Los kibutzim representan el tres por ciento del país: la utopía socialista de montar una economía cooperativa, en

la que no circula dinero, en la que se comparten la cultura y los bienes. Cada kibutz es una pequeña ciudad con su fábrica, cultivos, lavaderos, comedor, biblioteca y escuela secundaria.

Ocuparé un cuarto que dejó un joven que presta servicio militar en los territorios.

En la cena alguien comenta que a comienzos de los sesenta, Jean Paul Sartre visitó, el kibutz.

—¿Sabés qué dijo?

—No.

—Tengan cuidado, porque los humanos van a arruinarlo.

Alguien está tirando la puerta abajo. Son las seis y treinta de la mañana y Celso grita del otro lado que pasará a las siete para ir a la ciudad. Hace frío, y me neurotiza esta tranquilidad.

Abro lo que quedó de la puerta: la mañana es absolutamente verde. A lo lejos se escucha el ronroneo de un tractor. Peleo para despegar Nescafé de una lata y luego intento un brebaje.

No tengo una radio y, aunque la tuviera, no entendería una palabra. Leo Semana, un hebdomadario israelí que se edita en castellano: «El jefe del Comando Central ordenó la suspensión por dos meses del servicio activo de un soldado que mató a una joven palestina de 25 años en Al Ram, en las afueras de Jerusalén. La mujer murió cuando un grupo de soldados abrió fuego contra un grupo de jóvenes que apedreaba un vehículo del ejército(...) El soldado habría perdido el control al verse separado de sus compañeros en las calles del pueblo, ya que había corrido en persecución de uno de los jóvenes que se metió en una casa vecina donde la víctima estaba tendiendo ropa. Algunas personas presentes afirmaron que logró atrapar al muchacho que había tirado las piedras y que fue durante el forcejeo con la mujer, que intervino para que lo dejara marchar, cuando la hirió mortalmente de un balazo en el pecho(...) Radio Israel anunció que «como gesto de buena voluntad las autoridades israelíes le permitirán a los familiares de la víctima, quedarse en el país, a pesar de que no tienen permiso oficial de residencia en la zona».

—Pasemos antes por la escola -dice Celso. Es profesor de «Actualidad», una materia similar a Educación Cívica o ERSA de los colegios argentinos. Tendrá licencia durante estas semanas -se la otorgó la asamblea del kibutz, pero hay cosas que arreglar.

Los adolescentes -casi todos nacidos en el kibutz- viven en un «campus» a metros del colegio. Chicos y chicas pueden compartir la habitación sin problemas, o hasta que descubran los conflictos del matrimonio.

Ahora todos están ordenando los cuartos, por los que parece haber pasado un ejército de ocupación.

Viven el conflicto de los territorios con gran contradicción: sus amigos de fuera del kibutz son terminantes, quieren acabar con los árabes y rápido. Ellos provienen de padres pacifistas y progresistas, pero entran y salen a diario a la otra sociedad.

—Este es el único lugar donde, en la Universidad, los alumnos son más reaccionarios que los profesores -cavila Celso con una sonrisa. Hablamos con algunos del TZAHAL (Ejército de Defensa de Israel): deben servir durante tres años y luego serán convocados un mes por año durante toda la vida, hasta los cincuenta.

—Nos educaron para ser los mejores -dice uno-, devolver las tierras ocupadas sería reconocer un error colectivo.

En el kibutz se discute si se debe permitir que los chicos sean reclutados para los territorios, o si toda la comunidad debe oponerse. Hace una semana hubo una asamblea para discutir este punto y todavía resuenan los del conflicto. La mayoría sostuvo que se debe ir, para dar el ejemplo. Un pequeño grupo se opuso, asegurando que este razonamiento era infantil, y fueron acusados de sudacas.

«Todos los sudamericanos son iguales», gritó alguien con tono acusador, y la discusión cambió de eje y de volumen. Habrá otra asamblea esta semana.

El «grupo opositor» no se amilanó: hace tres días que en carteles con la lista de los palestinos asesinados durante la revuelta. En el cartel figuran el nombre y la edad y al lado el nombre de un adolescente del kibutz de la misma edad, que podría haber muerto.

La mujer de Celso cruza por el frente de la secundaria con sus dos hijos de la mano. Va hacia la casa de los chicos. Se integra a la discusión con un gesto de aburrimiento.

—Algún día van a terminar de reprimir -le digo.

—Algún día van a terminar de tirar piedras -me dice, y retoma su camino.

Un aleteo pesado cruza el cielo y se mezcla en la copa de los pinos que rodean el colegio. Uno de los adolescentes señala hacia arriba, usando la mano como visera:

–¿Qué son? – pregunto.

–Cigüeñas.

Todos miramos al cielo con asombro. Las cigüeñas se bambolean como si el aire apenas pudiera sostenerlas.

Vuelan bajo, y cuando parecen a punto de toparse con el techo de tejas, pegan un salto al cielo y superan el obstáculo con facilidad.

Todos miramos las cigüeñas. Los adolescentes son- ríen y chistan hacia el cielo y vuelven a ser niños.

LOS SONIDOS DEL SILENCIO

La mancha blanca y café que se aparece en la banquina fue un perro. Es el tercer animal muerto que veo en menos de diez kilómetros, desde la salida del kibutz.

–¿Viste eso?

–¿Qué? – pregunta Celso mientras se tambalea para sintonizar la radio.

–Ese perro está muerto.

–No.

–Está la ruta llena -exagero.

–Hay paro de basureros, debe ser por eso.

Celso me hace señas pidiendo silencio. La radio escupe un informativo. Miro por la ventana hacia la autopista mientras el locutor deletrea frases incomprensibles.

–¿Qué dice?

–Anoche... pará...

Me resigno a la espera.

–Anoche, en la Universidad, un tipo... un abogado palestino dio una charla sobre el conflicto y lo detuvo la policía a la salida. Hay que ser filhos da puta, ¿no? Lo dejan bla, bla, bla que dé la conferencia y después, adentro. Y diz tambein que... le van a dar seis meses de arresto administrativo, sin juicio... Un cartel asegura que estamos por llegar a Tel Aviv. Nos detiene un semáforo en un cruce de rutas, mientras una camioneta toca bocina con insistencia.

—¡Vermelho! — grita Celso y se pierde en una letanía de insultos- ¡hay que ser pelotudo!

La camioneta ahora prende las luces delanteras, haciendo un guiño. El semáforo salta al verde. El vehículo se adelanta y el conductor saca la cabeza por la ventanilla para gritar un insulto. No me hace falta hablar hebreo para adivinar que acaba de acordarse de nuestras familias. Celso está turbado.

—¿Qué dijo?

—¿Te traduzco todo? Vajan a joder a su país, filhos da puta. Es el cartel. Yo te dije que no pusiéramos el cartel.

El cartel de Foreign Press (Prensa Extranjera) está en el parabrisas derecho y en la luneta del Ford. Es una gran fotocopia en inglés y en árabe, imprescindible para entrar a los territorios. Manejamos un auto israelí -con placa amarilla, la de los palestinos es azul- Y sin cartel nos convertiríamos en un blanco móvil.

Al final de la autopista, la ciudad que engulle la fila de automóviles con fruición, es Tel Aviv. Los coches avanzan con dificultad por los canales de este estómago gris perla con destino al centro.

—Ruta turística -advierte Celso con ironía y toma un desvío que nos lleva al centro por la costanera.

En un espacio de diez cuadras se ordenan los hoteles de cien dólares por día.

Parejas de ancianos norteamericanos recorren el boulevard vencidos ante el verde del Mediterráneo.

Flácidos y con paso nervioso los ancianos de Cleveland o de Queens disparan histéricos el botón de su Kodak Pocket, y creen por un momento que la inmortalidad es posible. Al mediodía podrán desplomarse en el lobby del Sheraton a rumiar su jugo de tomate y escribirán líneas breves pero esperanzadas en las postales de 0,50.

—It's nice.

—Charlie... avisa la mujer al hombre con cuello de gallo viejo y vencido.

El motivo del llamado podrá ser una palmera, un tejido o simplemente el cielo.

Charlie mirará con la lentitud de una tortuga, enarcara las cejas expresando sorpresa y agradecerá luego al Señor haber comprado un rollo

nuevo para la Instamatic.

—Los chicos deben ver esto -dirá Charlie con generosidad, seguro de que en la vida siempre llega el momento de la recompensa.

La guerra no existe en los hoteles. Es a lo sumo una complicación de horarios, un cambio de ruta, un asterisco en el programa. La guerra se evita volviendo temprano de Jerusalén, caminando en fila y prestando atención a las órdenes del guía. Gracias a Dios no hay árabes en Tel Aviv, en esta ciudad donde doscientos mil árabes forman parte del circuito de trabajo.

No hay árabes en la ciudad que se ve. Están como lavaplatos detrás de los mostradores, limpian los locales cuando las puertas están cerradas. Algunos cambian su nombre por uno israelí, y balbucean el hebreo con dificultad: saben que sólo así podrán conseguir un trabajo de doce horas que les permita cobrar en efectivo al final de la jornada.

La avenida Dizengoff, a cuatro cuadras de la costa, bien puede ser la avenida Santa Fe de Buenos Aires o la Gran Vía madrileña. Vidrieras, fiebre de consumo, automóviles en doble fila con esposas ansiosas que volverán en cinco minutos, shoppings, jovencitas que se pavonean deseadas como fetiches.

La gente que camina devorando vidrieras aprendió aquí el hebreo, pero le canta a sus hijos canciones de cuna en inglés o ruso, y quizá sueñe en idish. El servicio militar parece haberse convertido en la única experiencia común de esta sociedad que se maquilla a la europea. La guerra, entonces, sólo aparece en los bares cuando los adolescentes llegan vestidos de fajina y ordenan su ametralladora sobre la mesa. Piden una hamburguesa y revisan el seguro. No hay accidentes. De haberlos, sólo con dos UZI destrabadas, que cayeran al suelo por casualidad, podría haber mas de quince muertos. Nunca ha ocurrido. Las meseras ondulan por el local, toman el pedido y le dan la espalda a la metralleta, seducidas por la costumbre.

El cuarenta por ciento de estos jóvenes ve con simpatía al Gush Emunim (Bloque de la Fe, una organización ultraderechista y racista); sólo un 23% adhiere a Shalom Ajshav (Paz Ahora) y un 49% cree -según una encuesta preparada por la Dra. Mina Tzemaj para el Comité Judío Norteamericano- que los árabes mienten cuando hablan de lograr una paz genuina. Una cuarta parte de estos jóvenes ha pensado en irse del país.

Pero ahora, cuando desenvuelven su hamburguesa Mac Davis y miran alrededor buscando un premio -pueden ganar desde una bolsa de papas

fritas hasta una motocicleta- sólo piensan que esto es Occidente y que esa niña, la mesera del buzo gris, quizá quiera pasar la noche con un patriota.

Raspo mi tarjeta de premio y gano una Mac Davis de pollo. Es tonto, pero me alegra; nunca he ganado nada ni en una kermesse escolar.

–Israel es así -asegura Celso- es el país de las grandes oportunidades.

Lo insulto y le ofrezco la mitad. Después caminamos hasta el Ministerio de Defensa. El trámite para acreditarse y trabajar en los territorios es relativamente simple. De allí a la Oficina de Censura Militar.

–Pero ahí dice Club de la Prensa.

–Si, es acá.

–No puede ser. Debe ser al lado.

–Es acá. Los periodistas y la censura funcionan en el mismo edificio.

No puede negarse el costado práctico. Llegamos resoplando al cuarto piso, y un teniente nos saluda en medio de un bostezo. Murmura ante los formularios, los sella e imparte instrucciones. Pregunta si quiero recorrer alguna zona con una patrulla israelí. Decimos que no, que tal vez, que más adelante. Es mejor entrar solos a las ciudades árabes.

–No me quiero sentir un conquistador -dice Celso, que sufrió seis meses de prisión militar por haber publicado su diario de guerra en la Folha de Sao Paulo, mientras cumplía el servicio en Hebrón.

A esta oficina acuden los editores de todos los diarios. La censura funciona por un acuerdo previo, y cualquier noticia referida a los territorios ocupados debe ser revisada antes de su publicación. En el caso de las fotografías, los reporteros deben copiar contactos antes de su publicación. En la planta baja del edificio hay un restaurante, y allí los corresponsales extranjeros matan el tiempo jugando a las cartas y contando hazañas. Aquí la guerra es simplemente una aventura individual.

Al otro lado de la calle está el edificio del MAPAM. Allí debo pasar en limpio una larga lista de entrevistas con políticos, intelectuales y periodistas.

En el tercer piso me encuentro con Latif Dori. Dirige la Comisión Árabe del partido.

Dori será nuestro contacto con palestinos de los territorios. Los árabes guardan confianza y respeto hacia este judío iraquí que desde hace años trabaja a favor de la paz.

—No, no tuve sorpresas con la revuelta -asegura-. Sí me sorprendió que hubiera tardado tanto. Los que llevan la bandera de la revuelta son los jóvenes que nacieron durante la ocupación, los Shaba. Ellos no tienen nada que perder. Sólo las cadenas.

La historia que detalla Latif mientras insiste en invitar caramelos de menta, no ha pasado por el tamiz de la censura. La solidaridad se ha reforzado en los territorios: los propietarios dejaron de cobrar los alquileres, los comerciantes olvidaron las deudas y muchos hombres de negocios locales aseguran que la revuelta les devolvió el orgullo nacional.

La guerra de las piedras ya lleva cien muertos, mas de tres meses de huelga general y once comunicados de la Comisión Nacional de la Revuelta, que son cumplidos al pie de la letra.

En este tercer piso del centro de Tel Aviv, la guerra comienza a dibujarse como un espejo roto. Latif asegura que el conflicto comenzó el 9 de diciembre, con un choque circunstancial entre un camión del ejército israelí y un automóvil que transportaba trabajadores palestinos. Esa fue la gota que se extendió como una mancha de aceite. En las próximas semanas, en Gaza, trataré de reconstruir el comienzo de la guerra de las piedras. Celso se preocupa por la suerte del abogado detenido anoche en la Universidad. Dori devuelve un gesto de resignación y ensaya una respuesta:

—Se mantienen las mismas leyes del mandato británico. Pueden detener sin juicio previo, y lo hacen en cantidad. En la primera sesión de la Knesset, al fundarse el Estado, Beguin dijo, refiriéndose a esa legislación -que él mismo había sufrido- que se trataba de leyes nazis.

El resto del diálogo se pierde en consultas prácticas: será difícil dormir en Gaza, hay un hotel pero nadie puede garantizarnos un mínimo de seguridad. Es mejor entrar por la mañana y salir a la media tarde. Salimos de la oficina con una pequeña lista de teléfonos y una cita retrasada.

Abraham Allon, funcionario de la Histadrut es quien espera en un restaurante de la calle Dizengoff. Lleva folletos de la central sindical y habla castellano con fluidez.

—¿Argentino?

—¿Usted también?

Allon dedica una introducción de quince minutos a detallar los logros de su central sindical, controlada por los laboristas y uno de los holdings

empresarios más importantes del país. Un par de preguntas respecto de los territorios lo desilusionan:

—¿Usted quería hablar con los árabes? Mire, nosotros no vamos a arrodillarnos ante chicos de trece años que nos tiren piedras.

Los dos terminamos el postre con ansiedad y, por último, intercambiamos tarjetas y sonrisas congeladas.

Miles de bocinas se lamentan por la agonía de la tarde. Sólo en esta pequeña y lujosa ciudad de Tel Aviv el tiempo parece guardar algún sentido: los comercios cerrarán a las siete. En miles de kilómetros a la redonda el tiempo es tan sólo un accidente menor: los árabes aguardaron quinientos años para librarse de los turcos y los judíos ortodoxos confiaron durante algunos miles que iban a llegar a la tierra prometida. Sin embargo el tiempo de Tel Aviv responde a las órdenes inmediatas del pavimento y la histeria. National Car Rental ha pegado en las puertas de los autos de alquiler: If I can, you can too. Si yo pude, tú puedes.

Quizás el autor de la campaña desconociera que estaba dando en el clavo de una sociedad audiovisual donde tres millones seiscientos mil israelíes instantáneos, debieron sobrevivir a su pasado y construir una nueva identidad en base a dos presiones: la secular y la militar. If I can, you can too.

Las diferencias culturales y sociales -el pasado, en suma- subsiste y configura una división que se extiende a la política. La aparición de los judíos orientales-sefaradíes- como factor de poder hizo eclosión en las elecciones de 1981. Los israelíes instantáneos del Este (Asia, Africa del Norte y Medio Oriente) comenzaron a imponer su voz sobre los ashquenacíes (o judíos de origen europeo y americano). El electorado inclinó entonces definitivamente la balanza hacia la derecha, como culminación de un proceso que había comenzado en 1973 con la inclusión de militares extrapartidarios en la política. Este proceso -que se inició con la candidatura de Itzjak Rabin, actual ministro de Defensa y comandante en jefe en 1967 durante la guerra de anexión de los territorios palestinos; y la de Ariel Sharon, por parte del Likud, actual ministro de Industria y Comercio, «héroe» de la campaña de Egipto en el '73 y responsable directo de la guerra del Líbano y las matanzas de Sabra y Shatila- ve ahora su época dorada con las encuestas a favor de la «mano dura». Todos los centros universitarios -a excepción del de Beer-Sheva- están dominados por

el Likud y por el ultrade-rechista partido Renacimiento. El Rabino Kahana, partidario del transfer -operación que implicaría transferir a todos los árabes a Jordania, como hicieron los soviéticos con los polacos, o los nazis con los judíos antes de la «solución final»- ha dejado de ser un marginal.

Un 45% de la población aprueba la idea, y un setenta por ciento usaría un arma atómica «si eso terminara de una buena vez con el conflicto».

Rabin se ha convertido este mes en el ministro más popular: un 54 por ciento del público apoya a este integrante del gabinete que hace una semana asegurara en Washington: «Los árabes son mentirosos de nacimiento».

La noche se ha declarado en Tel Aviv y decenas de punks empiezan a recorrer las calles, sonámbulos como tiburones. Algunos llevan largos bastones blancos en la mano. Son idénticos a los que usan los soldados en los territorios.

Condenados a ser espejo, los punks gastan la noche en algún pub hasta que vuelven a escaparse de la madrugada.

Camino al kibutz tropezamos con otros dos perros muertos en la ruta, y vuelvo a preguntar.

—La gente -dice Celso con cansancio- manejan rápido...

—¿Y?

—Y no les ven cruzar.

La comida del kibutz es insoportable y esa noche rompemos una regla de la pequeña comunidad de Ramot Menashé: compramos un par de pizzas y cenamos con Celso y su mujer. A la sobremesa se agrega una «hija del kibutz» que presta el servicio militar, y un exiliado argentino.

Alguien comenta con naturalidad que esa tarde un grupo de civiles tiró una granada de humo dentro de un micro con trabajadores árabes. Los demás reciben la noticia con el rictus de la fatalidad. La chica -vestida de ropa de fajina- se molesta cuando le hago preguntas. Después estalla en un monólogo:

—¿Sabés qué es lo que más me jode? La mirada de los árabes. Cuando entramos a la ciudad, el micro nuestro pasa despacio entre filas de árabes que ahora, con el paro general, se sientan en la puerta y ven pasar el tiempo. Me destrozan esas miradas de odio.

Accidentalmente surge el tema del Holocausto. Hace unas semanas terminó en la ciudad el juicio a John Demaniuk, un oficial de las SS. Fue transmitido a todo el país por televisión cultural. Uno de los testigos -ex

prisioneros de Demaniuk en el campo de concentración de Treblinka- se convirtió en el shock del juicio.

Su hija, entre el público, nunca le había escuchado hablar del Holocausto. No sabía que su padre había sido prisionero. En su declaración, el testigo le pidió disculpas públicas y confesó que había sido usado en el campo como homosexual.

Durante el relato lloraba, y volvía al lenguaje de su infancia.

En Ranot Menashé pasó algo similar. Una mujer mayor, fundadora del kibutz, recibió hace poco una medalla al valor del gobierno polaco. Solo en ese momento supieron que la mujer había estado en un campo de concentración. Nunca, durante cuarenta años, había hablado del tema.

Alguien enciende la televisión. El noticiero de las nueve da comienzo con una noticia sobre Irlanda. Las cámaras muestran como dos policías mueren en manos de simpatizantes del IRA.

–Por favor, cambien eso. Es horrible -dice la chica, y rompe en llanto.

LA GUERRA Y LA PAZ

–¿Adónde quieren ir? – pregunta la mujer de Celso con indignación.

–A dar una volta pe las ciudades árabes.

La mujer resopla y decide irse a dormir. El ambiente es tenso, y resulta fácil adivinar que la discusión seguirá apenas me vaya, Celso se ríe divertido y cómplice.

–Aguarda aquí un memento -dice, y se dirige al dormitorio.

El living es pequeño, y está abarrotado de muebles. Sobre el televisor, una foto de la pareja oficia de testigo de cargo. Los dos sonríen a la cámara con menos kilos y más sueños.

Doy vueltas en círculo y alcanzo a ver el interior de la habitación en diagonal.

Celso revuelve un estante repleto de sábanas y ropa vieja. Hace equilibrio con un sólo pie sobre la cama.

–Acá esta -murmura con la mano extendida hacia el fondo del armario.

Al cerrar la puerta de la habitación, lleva en la mano un recorte envuelto en papel celofán. Lo desdobra y extiende sobre la mesa:

–Este es o artigo que te dije, el que salió en la Folha de Sao Paulo. Por esto me dieron seis meses. Tomá, llevalo.

Lo dice, pero las manos no se deciden a entregarla. Recorre con la vista un texto que habrá leído una y otra vez en los últimos años, hasta que quedó pegoteado en su memoria. Vuelve a doblarlo en silencio, como si se tratara de un rito y luego salgo camino de mi habitación en el kibutz.

En el cuarto de enfrente hay música y la luz se cuela por la ventana como una acusación. Uno de mis vecinos sale mañana hacia los territorios. Se llama Shlomo y tiene 19 años. Alguien me lo presentó ayer, y cambiamos un par de palabras en inglés. Masca chicle y tiene la mirada como un desafío. Ahora, detrás de la ventana, su grupo llena de alcohol la despedida.

Se escuchan risas, y pienso que siempre me gustó ver las fiestas desde afuera.

El perro de al lado pasa una mala noche, y a cada risa se le agrega un ladrido de protesta.

«Segundo cuaderno. EXTERIOR. Domingo 15 de agosto de 1982. Folha de S. Paulo» dice la hoja que comienzo a leer sin quitar el celofán «Diario de un soldado en Cisjordania»

«Ariel G., israelí, sionista, miembro de Paz Ahora, registró en un diario personal la opresión de la población árabe en los territorios ocupados.»

12 de mayo

Son las ocho de la mañana y estamos apurados. Moshe y yo tenemos que presentarnos a Motti, el dueño del auto, porque teme perder el helicóptero y no poder ir al festival de Bar Kochba. Durante el viaje conversamos sobre la situación en los territorios ocupados y Moshe queda exaltado. Yo me sentía mal, pero aún creía que finalmente iba a terminar en el valle del Jordán haciendo guardia de frontera. Al llegar al campamento descubrí que mi destine final era Hebrón. Y desde ese momento mi corazón no tuvo sosiego. Estoy en un batallón de veteranos, habituados a servir en los territorios y nadie parece demasiado preocupado. Un día fácil: algún ejercicio y, al atardecer, un debate con el gobernador militar de la región. El asegura que, ahora que estamos en el ejército, no hay ninguna diferencia entre nosotros, soldados, y los colonos.

No existe más Gush Emunim o Paz Ahora. Debemos cumplir órdenes, proteger a los habitantes judíos y evitar conflictos con los árabes. Tirar sólo a las piernas, y eso en caso de que se esté en peligro vital. Está prohibido disparar a voluntad a no ser, claro, contra terroristas durante un ataque. A

mi parecer las órdenes del ejército son morales y justas. Mi curiosidad radica en saber cómo podrán mantenerse en la realidad, cuando necesitamos contener a 340 mil árabes.

13 de mayo

Mis dudas tuvieron respuesta a las seis de la mañana, cuando salimos a patrullar una pequeña villa llamada Daaria. A las siete comenzó el festival. Unas niñas de trece y catorce años, alumnas de un colegio cercano, tiraron piedras contra un ómnibus de judíos. Justo en ese momento pasó la patrulla. Cuando llegué la confusión era general. Fue decretado el estado de emergencia en todo el sitio.

Es increíble cómo tres soldados pueden limpiar una ciudad y cerrar la calle principal en menos de una hora, sin usar violencia. Las personas estaban asustadas y obedecían sin protestar. Era una pena ver las verduras tan bonitas y frescas, listas para ser vendidas, de nuevo dentro de los cajones, sabiendo que iban a echarse a perder. Toda la aldea estaba en movimiento y el pánico se generalizaba. Todo por esas niñas... que locura. Lo peor estaba por llegar: sacar a todos los niños de la escuela y mandarlos a casa. Para controlar a cien niñas de ocho a diez años llegaron unos 30 soldados armados hasta los dientes.

La escena me recuerda, de algún modo, imágenes de la Alemania nazi. Comienzo a pensar alguna excusa para dar a mi comandante: no aguanto todo esto. Gracias a Dios, todo transcurre en forma pacífica. La ciudad estaba cerrada, la población aceptó todo y los soldados procuraron no crear problemas adicionales. Todo sin violencia.

14 de mayo

Media noche, hora de salir a patrullar. Vamos a hacer detenciones nocturnas. No entendí lo que eso quería decir. En el campamento de Hebrón hay una prisión con más de cien detenidos. No parecen nada peligrosos. Viven casi en libertad y podrían fugarse, si quisieran. Un funcionario del gobierno militar nos informa que seremos siete en el auto, con equipo completo y que los prisioneros irán acostados en el piso, bajo nuestras botas.

Le dije que no pensaba llevar a nadie bajo mis pies. El lo entendió. Y aceptó que lleváramos otro coche. Llegando al lugar -una villa miserable llamada El Aroub- comienza el verdadero terror. A las cuatro de la mañana

golpeamos en una casa y le pedimos al morador que nos lleve donde el muhtar, el responsable de la villa.

En cualquier otro sitio del país esto sería ilegal: el ejército no puede detener sin la policía. Es posible sentir el terror en medio de la aldea. La mitad de los habitantes espía por la ventana para saber quienes serán detenidos por provocación. El muhtar, con lágrimas en los ojos, nos conduce donde viven aquellos que irán presos. Me quedo en el auto. No quiero participar. Traen a dos jóvenes. Las madres lloran, los abuelos se lamentan, la desesperación es general. Todo es hecho sin violencia, pero creo que es por mi causa: anoto todo lo que sucede. Uno de los dos presos está sin camisa bajo un frío intenso. Anoto el nombre de los prisioneros. Procurábamos un tercero pero el muhtar no lo conoce. Son dos primos, miembros de la familia de Ibrahim Juabra. Después le pasaré los nombres a Ruth Gabizón, de la Liga por los Derechos del Hombre.

15 de mayo

Mi Dios, recibimos orden de detener a cualquier niño que tire piedras. Todos los soldados de la patrulla se rehusan a cumplir esa orden. Hasta el oficial reconoció que se trataba de una orden ridícula. Por primera vez dije claramente que no cumpliría una orden. Tengo la certeza que, de ahora en más, mi situación va a empeorar. Fue decretado el cierre total de Daaria. Todo por culpa de unas niñas:... ¿qué miedo pueden tener los Generales de ellas?

16 de mayo

Patrullamos dentro de Hebron. Es posible percibir el miedo y el odio que provoca nuestra presencia: El problema central son los colonos judíos que vuelven aquí.

Se pasean armados, como los dueños del lugar. Quisiera ver a estos arrogantes si no estuviera aquí el ejército. Entré en Beit Hadassa. El lugar es bonito y los del Gush Emunim viven con todas las comodidades - lavarropas, heladera, televisor, calefacción- La situación está tranquila y yo, por consecuencia, también.

17 de mayo

Acompaño a un grupo de jóvenes en visita a Hebrón. Todo listo para el mayor lavado de cerebro. Fueron a Beit Hadassa, y la tumba de Abraham. Allí escucharon un discurso de una mujer del Gush Emunim que se consideraba una gran heroína. Lo absurdo es que la visita es promovida por

el Ministerio de Educación. Todo está quieto, a costa de algunas ciudades que permanecen cerradas. El toque de queda es mantenido con mano de hierro por el gobierno militar, Y la población no puede llegar hasta el centro de las ciudades.

Los funcionarios del gobierno militar son los peores. Son arbitrarios, deshumanos, violentos. Ayer uno de ellos dio una patada en la cabeza de un tractorista que pasó con su tractor por el centro de la ciudad.

18 de mayo

Estuve nuevamente en Daaria y sólo ahora percibí el pavor de los habitantes. Los seis días que toque de queda tuvieron su efecto. Los niños huyen de nosotros.

Hay aquí un grupo de soldados que se comporta como animales. Una ironía: un comerciante israelí, al volante de un Volvo blanco, me pregunta porque la ciudad de Khalkhul está cerrada. Está preocupado porque sus empleados no llegan al trabajo y esto le perjudica. ¿Cuánto humanismo, no?

19 de mayo

Reabren las escuelas en Daaria, pero continúa el toque de queda. A la noche vamos a la tumba de Abraham: un grupo del Gush Emunim trató de entrar a una parte del templo prohibida para los no musulmanes.

20 de mayo

Las piedras volaron nuevamente en Daaria.

21 de mayo

Los conscriptos continúan prendiendo el fuego y los reservistas seguimos apagándolo.

Los conscriptos encajan las órdenes por igual: no distinguen niños, viejos o mujeres.

Los colonos continúan con la provocación.

22 de mayo

De a poco me voy convirtiendo en el muro de los lamentos de los soldados. Me buscan para contarme que están angustiados. Ellos saben y aprueban mi decisión de escribir un diario y denunciar las arbitrariedades presenciadas.

23 de mayo

Hoy fui preso.

Dejo que el recorte se caiga al lado de la cama y miro la ventana. Son las cinco. Ya no se escucha música en el departamento de enfrente. Hace

frío. Al rato, la tos asmática de un escape se estaciona y se escucha un llamado.

—¡Shlomo!

Después, un bocinazo. Dos voces jóvenes cambian un saludo. Se escucha una risa, mientras el escape del automóvil regula con dificultad. Cinco y diez. Mi vecino cree que marcha a la guerra. Me pregunto si sentirá odio, o si se trata solamente de una aventura.

Ya no escucho el traqueteo del coche, pero se que ahora estarán llegando a la autopista, que mi vecino tiene el sueño pegado a los ojos, que quizá encienda un cigarrillo y se sienta un hombre. Me engaño pensando que si alguien, ahora, lo sacudiera preguntándole si sabe lo que hace, mi vecino no tendría respuestas.

Esta tarde comenzará su guerra de jóvenes contra niños.

Tengo frío. La mañana es cruel y celeste. En un par de horas Celso derribará la puerta. Este mediodía iremos a Gaza.

EL VENDEDOR DE NARANJAS

El hombre que maneja la niveladora de terreno, mira el banderín azul con ansiedad. Tiene las manos al volante, y un cigarrillo apagado en la boca. El sol brilla con desenfado y entonces el hombre se seca una gota que le baila en la frente, y vuelve a mirar al banderín. Ahora está a quinientos metros. Hace seis meses que, junto a una cuadrilla, el hombre trabaja para ensanchar la ruta a Gaza.

Ha visto pasar camiones de soldados, móviles de la televisión, micros con colonos.

Sin embargo, todas las mañanas desde las cinco, con la exactitud del destino, el hombre se sube a su niveladora de terreno, espera que la cuadrilla baldee la banquina de pavimento caliente y luego descuenta los metros hasta el banderín.

A veces lleva consigo una pequeña radio japonesa que hace equilibrio cerca de la caja de cambios. Hoy el hombre escuchó que suman mas de dos mil los detenidos.

Se han expulsado a diecisiete personas, y se han destruido y bloqueado trescientas casas.

—En comparación a las veinte por año de la última década.

El hombre escucha al locutor y cae en la cuenta de que está escuchando La Voz de la Paz. Entonces cambia la estación y prende el cigarrillo, que le lleva a la boca un gusto a pasto seco. Sólo cuando vuelve la vista al banderín azul recompone su sonrisa.

A la mañana, mientras desayuna con la cuadrilla al costado de las obras, ve pasar los taxímetros de Gaza repletos de palestinos que viajan hasta Tel Aviv.

Hace ya más de un mes que el ejército ha cerrado el tránsito a los ómnibus locales. Los taxistas adhieren a la huelga de los territorios, pero llevan a los trabajadores como contribución. Se apiñan de a ocho en cada automóvil. Todos tienen permiso del gobierno militar para salir a trabajar, de otro modo no podrían hacerlo. Pero son tan sólo unos miles, contra los ciento cuarenta mil que trabajaban antes de la revuelta. A las siete, los choferes los aguardan en las afueras de la capital y retornan a Gaza, la ciudad más superpoblada de la región. Desde 1967, a pocos kilómetros del banderín azul, se ha expulsado de sus tierras a 650 mil árabes para permitir la instalación de 2.700 israelíes en los asentamientos.

Camino a la Franja de Gaza, puede verse a los colonos prisioneros de su propia trampa. Casas de construcción sólida rodeadas de alambre de púas, vecinas del destacamento militar.

El hombre de la niveladora es uno de esos colonos. Cada mañana emprende su conquista machacando brea caliente sobre esta ruta que conduce al infierno.

El auto se zambulle en una estación de servicio a dos kilómetros del puesto militar.

Este lugar es el límite. Hay que llenar el tanque y telefonar a los lugares necesarios. Veinte cuadras más adelante no habrá nafta ni comunicación. La maniobra de cerco sobre Gaza se va cerrando hace semanas, en la ciudad no se despacha combustible y las líneas telefónicas están bloqueadas. Al lado de la estación hay un pequeño autoservicio. El ambiente que se vive dentro es similar al de un día de campo. Algunos jóvenes de fajina, familias, niños que vuelcan una y otra vez su vaso de Coca-Cola sobre la mesa...

—Los periodistas ya se fueron -informa en inglés la cajera- ahora van todos juntos y temprano, desde que pasó aquello con los alemanes, a la tarde va a salir otra tanda.

Hace diez días, dos corresponsales de la TV alemana fueron apedreados en el centro de Gaza. El Volvo que los transportaba quedó hecho pedazos. Ya casi no hay reporteros en los territorios; a mediados de marzo la noticia de la revuelta se ha ido diluyendo hacia las páginas de clasificados y avisos de remates. Sólo insisten la NBC y la CBS -dos cadenas de televisión norteamericana- y algunos cronistas de la prensa francesa y española.

Desde que salimos del kibutz, Celso monologa tratando de convencerse: -¿Por qué no ir, eh? ¿Por qué tenemos que tener miedo, eh? ¿Si no vamos a atacar a nadie, no? Yo acredito que tenemos que entrar.

La mujer nos escucha discutir refugiada detrás de la calculadora. Creo que no entiende castellano, y menos el curioso portuñol que ambos ensayamos. Sólo agrega uando salimos del local:

-Si todos los días matamos cuatro o cinco árabes, dentro de poco vamos a terminar con el problema. Ponga eso en su diario. Ponga que no se puede vivir acá sin tomar posición.

El soldado ve el cartel de prensa y hace señas para que sigamos. Un campamento militar se levanta a la izquierda de la ruta, o mejor se hunde, bajo terraplenes de dos metros que sólo dejan ver los techos de algunas carpas.

La entrada a la ciudad está colmada de silencio. Racimos de chicos juegan en las veredas de tierra, en esta ciudad donde el setenta por ciento tiene menos de diecisiete años.

Algunas mujeres lavan la ropa en las terrazas. Aquí también, como en la mayoría de las aldeas árabes, las casas son verdes o celestes. Es su color de suerte.

Celso maneja como si atravesara una cristalería. A las pocas cuerdas nos hemos convertido en el espectáculo de la entrada a la ciudad. Nadie nos saca la vista de encima.

Un grupo de niños corre detrás del auto, hasta que uno se acerca a mi ventanilla y pone los dedos en V. Hago lo mismo y el chico sonrío y corre a contarlo a sus amigos.

Doy un largo soplo y pienso que el idioma es una barrera menor. Sin embargo, por razones explicables o inexplicables, tengo miedo.

Un camión del ACNUR (Comité de la ONU para Refugiados, los únicos, fuera de los periodistas, que permanecen en la ciudad junto a los árabes) se nos adelanta y le preguntamos el camino al centro. Nos advierten

que no vayamos por las calles laterales. Dejamos el auto en la calle principal, un boulevard que llega hasta el mar, y caminamos hasta la plaza.

Toda la ciudad escucha una sola radio, cada casa se ha convertido en un pequeño eco.

La radio se llama «Voz de Jerusalén para la liberación de la tierra y del hombre». Hace una semana cambió de frecuencia: de 630 kilohertz a 702, perseguida por las interferencias. Hace una semana, toda la ciudad barrió el dial para volver a encontrarla. La radio da instrucciones sobre la revuelta. Hoy los comercios abrieron de ocho a once. En pocos minutos comenzará su sección más popular: la de los mensajes personales. Aldeas olvidadas, barrios de Jerusalén y Cisjordania pasan sus noticias cotidianas a través de los llamados a la radio.

Hussein Wahidi, nuestro contacto en Gaza, salió temprano hacia Jerusalén.

Volverá a la noche, antes del toque de queda. Su mujer nos invita un café espeso y lleno de borra. La conversación se quiebra cuando pregunto por el Jihad.

—Ahora... -dice la mujer apartando la taza estamos todos juntos, cruzando el mismo río.

Sé que Wahidi es un hombre cercano a la OLP, y que el Jihad islámico está a kilómetros de su posición. Sin embargo, el remolino de la revuelta ha forzado a todos a subir al mismo barco. La fuerza de los fundamentalistas - vinculados al ultraderechista Gyatoilah Jomeini, de Irán- ha crecido desmesuradamente en Gaza, al amparo del aislamiento y la pobreza. En 1978, el gobierno militar israelí favoreció la instalación del Colegio islámico, como parte de una estrategia de doble filo: si aumentaba la influencia de los fanáticos religiosos, disminuiría la de la OLP. Ahora el Colegio tiene 4.600 alumnos y se ha convertido en el centro de la cólera de Alá.

Hace diez años, había en Gaza setenta mezquitas, ahora hay ciento ochenta. Las tiendas que venden licor o cassettes con música moderna son invadidas por los jóvenes militantes del Jihad, y también las fiestas de casamiento al «estilo occidental». Los grupos de manifestantes irrumpen entonando cánticos religiosos y obligan a los novios a suspender el festejo.

Desde el 9 de diciembre, día de comienzo de la guerra de las piedras, fuerzas contradictorias entre los palestinos luchan por su espacio de poder.

Los treinta días que antecedieron a la formación del Comité Unificado de la Revuelta, desbordaron cualquier control sectorial. Nadie manejó durante el primer mes el estallido de los territorios. Después los cuatro sectores en pugna (projordanos, en general las autoridades administrativas, golpistas moderados y ultras, y fundamentalistas), coincidieron en un rumbo común: huelga general sin uso de armas.

La mujer vuelve del escritorio con un volante, que lee en voz alta:

«Toma las armas y golpea al enemigo sionista. No importa cómo y cuándo mueras. Lo importante es la causa por la que sacrificas tu vida. Ahora es el momento de liberar a nuestra tierra».

Hace tres días el Jihad tiró este volante en la ciudad. Hussein pasó la noche sin dormir.

Daba vueltas y vueltas en la cama, estaba indignado. Hemos insistido en todas las reuniones del Comité en el error político que significa usar la violencia armada en los territorios. Pero hay tierra fértil para eso. En la última reunión me dijeron... ¿saben qué me dijeron? Cuando el enemigo golpea y mata a nuestras mujeres, no hace diferencias.

Ya es mediodía, y el sol es una inmensa moneda dorada. En el patio de Wahidi escucho por primera vez un moazín. No había visto los altoparlantes en la ciudad, pero sin duda están y ahora suenan todos a la vez. Alguien pega un grito descarnado y musical. Parece un largo lamento:

—Alá acwa -me dicen que dice.

—Alá es el más grande.

El lamento se extiende en una oración. Las mezquitas convocan al rezo. Este grito que se enhebra en todas las calles de Gaza tiene la antigüedad de una piedra.

—Alá es el más grande -dice la letanía.

Hombres y mujeres salen de sus casas a rezar.

Hay un jeep del ejército en el boulevard. Uno de los soldados juega con el seguro de su metralleta. Lo destraba una y otra vez. Quizá quiera perderle miedo a la muerte. Otro limpia con cuidado el borde de sus lentes. El conductor se reclina con la espalda pegada al asiento, y está nervioso.

Al pasar los saludamos, y los tres nos responden a coro. Ahora miran el desfile callejero: decenas de árabes arrastran los pies por el boulevard a la salida de la mezquita. En una casa vecina vuelve a encenderse la radio. El

chofer enciende la del jeep y busca una sintonía: se detiene en un tema de los Rolling Stones.

El otro soldado ya no juega con el seguro. Lo ha quitado. Un chico de cinco o seis años pasa dando un grito y pega tres manotazos en el jeep. Después se pierde en una esquina cercana. El otro soldado se calza los lentes, y mira el reloj.

Una ventana se abre en un primer piso cercano.

—¡Vamos a tirarlos al mar! — grita en hebreo.

Otro niño rasca un manotón de tierra con la mano y lo incrusta en el parabrisas.

El soldado de lentes toma al chico de la camisa y lo arrastra hacia el coche.

Una mujer interviene. Comienza una discusión a la que se suman otras mujeres y algunos jóvenes. El niño ya tiene las manos contra el capot, mientras, lo palpan de armas mecánicamente.

Alguien tira la primera piedra. A la primera le sucede otra, y otra, y otra más.

El chofer pide auxilio por la radio del auto, y en segundos aparece un camión con más de veinte soldados. A esa altura el revuelo es general.

Mujeres y soldados se disputan a los detenidos. El grupo se transforma en un gran nudo. Una ráfaga de ametralladora lo desata.

Los gritos se multiplican, y algunas mujeres se apartan hasta la vereda. Hay por lo menos tres heridos. Parte de la patrulla sube al jeep a perseguir a tres jóvenes que corren por una calle lateral. Otros apalean a los detenidos hasta que los suben al camión.

El soldado de lentes camina tenso hacia el cordón del boulevard. Un chico de unos quince años yace de espaldas, con la camisa fuera del pantalón. El soldado pega un grito y le ordena que se levante. La cara del chico sigue contra la zanja. Un nuevo grito. Después acerca el caño de la UZI y presiona sobre la espalda. Un grito más. Entonces mueve el cuerpo con el pie. El chico está muerto.

El camión ya volvió por más detenidos. Tres soldados se acercan a la fila de diez árabes que apoya las manos sobre la persiana de un comercio cerrado. En media hora estarán en Ansar 2 o en la Base de Investigaciones Fara. Una mujer se acerca llorando y pide por su hijo. Pocos minutos después la calle estará desierta.

Esta mañana no estaba el vendedor de naranjas. Su puesto en el mercado era simplemente un hueco, y entonces Mohammed Al Ayad sintió que un escalofrío le recorría la columna como una araña. El vendedor de naranjas siempre estaba.

Mohammed miro en torno del mercado, atestado de mujeres cargadas con bolsas, y después recorrió los puestos uno por uno. Una parte del engranaje había fallado.

Una vez por semana repitiendo un paso de comedia, Mohammed Al Ayad se acercaba al vendedor de naranjas y cambiaban un diálogo circunstancial. A veces tomaba una naranja redonda y brillante como un deseo, y la pesaba rebotándola en la mano. El vendedor casi nunca lo miraba. Dirigía los ojos pequeños hacia el piso y los costados, hablaba en voz demasiado alta, como si adivinara que lo estaban escuchando. Muhammed encargaba un kilo y preguntaba por enésima vez si las naranjas provenían de Jaffa.

Después dejaba un papel en la mano del vendedor y caminaba hasta su casa, en las afueras de Gaza, tragando el polvo seco del mediodía. Pero esta mañana el vendedor no estaba. Mohammed miró el reloj de la intendencia. En una hora todo el pueblo volvería al paro general. Así lo había anunciado la radio de la OLP desde Bagdad, en sus transmisiones desde la mañana. Eligió el camino mas largo para volver a su casa, y a las pocas cuerdas sintió deseos de volver al mercado: quizá el vendedor hubiera aparecido.

En ese momento se palpó el bolsillo del pantalón, y se detuvo dando un largo respiro.

Su mano tocaba un papel doblado en cuatro que se mezclaba con unos pocos billetes y algunas monedas. El papel indicaba cinco nombres. Los cinco nombres que, por semana, debía proporcionar al vendedor de naranjas. Arrancó el papel del bolsillo y se lo llevó a la boca. Comenzó a masticarlo con lentitud. Sintió cómo la tinta se le pegaba a la lengua, se mezclaba en su saliva y llegaba a la garganta agria y reseca. El papel navegaba camino al estómago cuando Mohammed cayó en cuenta de que estaba paralizado contra una pared. Miró alrededor: nadie lo había visto. Después encendió un cigarrillo.

Todo aquello le parecía un mal sueño. Muchas noches había pensado en distintos finales para ese juego. Nunca, sin embargo, había imaginado que el vendedor de naranjas podía desaparecer. Quizá no era una mala señal.

Mohammed Al Ayad miró el sol hasta que tuvo que cerrar los ojos, y en ese momento se sintió libre. Una voz, de repente, comenzó a golpearle la memoria. Cada vez que esa voz lo asaltaba podía recordar las pausas, las palabras exactas, los silencios.

—Nadie te dice que está mal que seas... nacionalista. Al contrario. (En ese momento la voz se sonreía) nosotros también lo somos. Sólo tenemos problemas con el terrorismo. (En ese momento había un largo silencio en el que la voz tamborileaba los dedos sobre la mesa) Necesitamos gente que... coopere. Otro cigarrillo?

La voz desencadenaba una avalancha de recuerdos. Al Ayad recordó entonces cada centímetro de su celda en Ansar. El sol barriendo lentamente el piso por las mañanas, y la humedad mortal de la noche. Fue al tercer día cuando lo visitaron dos agentes de Shin Beth, el servicio de seguridad israelí. La primera vez lo desconcentraron: los dos agentes le juraron que confiaban en su inocencia. La segunda vez la voz habló. Durante una semana las visitas se espaciaron, y Muhammed Al Ayad supo que había llegado su límite. Sería solo por seis meses.

No, ellos se comunicarían con él. No, no conocería el nombre de su contacto.

Sería un vendedor de naranjas del mercado. Todas las semanas debía entregarle cinco nombres. Gente vinculada con la OLP, parientes, amigos, estudiantes, Mohammed Al Ayad escuchaba, e hizo una cuenta: a los seis meses habría denunciado a trescientas personas. No, no hacían falta los nombres exactos.

Alguna referencia, la dirección aproximada, algún dato familiar. Ellos harían el resto. Otro cigarrillo? La operación se llamaba Sombrero con pájaros. Eso era todo lo que tenía que saber. Si, no era el único. Ya había muchos como él. Los primeros cinco fueron de su barrio. Después intuyó que no podía encerrarse en una misma zona. La primera vez escucho el camión del ejercito derrapando en una esquina, algunos gritos, una puerta que se quebraba tras una patada. El estómago le salto a la boca y corrió al baño a vomitar. Después se miró al espejo, con los ojos enrojecidos y una sonrisa: estaba vivo. El resto fue fácil: recorría la ciudad a pie y trababa conversación con los vecinos. Los lunes llegaba al mercado por su provisión de naranjas de Jaffa.

A la tercer semana encontró una metralleta detrás de su puerta. Era obvio que el Shin Beth la había dejado. Pensó que quizá las cosas se complicarían un poco.

Desarmó la UZI pieza por pieza: necesitaba conocerla y mitigar su miedo. Dio vueltas en círculo en su habitación, observando cada detalle. Todo estaba en su lugar. ¿Cómo habrían entrado? Mohamed Al Ayad se lamentó en silencio por la falta de seguridad. ¿Pero quién, en estos tiempos, estaba seguro? Después ocultó el arma bajo la cama y confeccionó la lista siguiente. Ahora, mientras marchaba hacia su casa, el recuerdo del arma le tranquilizó los pasos. Su barrio estaba extrañamente desierto. Sólo un par de chicos en bicicleta cruzaban la calle en diagonal. Se desplomó en su cama como una marioneta y mantuvo la vista fija en el techo durante un largo rato. Su mano derecha rascaba el piso para acariciar el caño de la UZI.

El vendedor de naranjas había fallado.

El reloj indicaba el mediodía del 26 de marzo, cuando Mohammed Al Ayad escuchó una piedra que rebotaba contra su ventana. El ruido le sacudió la pierna, y después levantó la cabeza tratando de adivinar lo que pasaba. Una nueva piedra rompió el cristal de la cocina, y entonces el hombre se incorporó y caminó con sigilo hacia la ventana, con el cuerpo doblado y el arma en la mano. Dio un profundo respire y abrió. Un grupo de cuarenta, cincuenta personas o quizá mil, gritaba desde la vereda, lanzando piedras. El grupo era sólo una mancha multicolor que no alcanzaba a distinguir cuando advirtió que la puerta cedía a su espalda. El piso de madera se lamentaba en un crujido, y toda la habitación temblaba como si fuera a caer. Un pie atravesó la puerta con sequedad y entonces Mohammed Al Ayad disparó una ráfaga, a la que precedió un silencio. El corazón iba a saltarle del pecho en un segundo más. Decenas de brazos jóvenes lo desarmaron y fueron empujándolo hacia la planta baja. Una mujer le tiró del pelo hasta arrancarle un mechón. Gritaba un nombre que Mohammed Al Ayad no podía comprender. Entre la confusión, vio un niño muerto al pie de la escalera, y entonces supo que ese niño estaba detrás de su puerta. Un grupo vació alcohol y ramas dentro de la habitación, que comenzó a arder. Mohammed Al Ayad sintió entonces que su cuerpo era de trapo, y que la multitud le arrancaba jirones. Lo arrastraron hacia una esquina en la que se recortaban dos postes de luz. Un sacudón lo subió hasta el poste en el que ondeaba la bandera palestina. Cuando la cuerda le rodeó el cuello ya no

escuchaba los gritos. Sólo pudo girar su cabeza a la derecha y ver el cuerpo inerte del vendedor de naranjas.

Después, murió.

Ese día, el lunes 21 de marzo de 1988 el ejercito recién entró a Gaza por la noche.

Son las ocho de la noche y Gaza es ahora tierra de nadie. En un rato los jeeps del ejercito comenzarán a turnarse para recorrer una y otra vez, como sonámbulos, la extensión del boulevard. Quizá el ejército allane algunas casas antes de la madrugada pero todavía la noche es una tregua confusa. Hussein Wahidi no ha vuelto, tal vez pase la noche en Jerusalén.

Las casas de las afueras son las más verdes bajo la luna llena. Al costado de la ruta, el regimiento de infantería protegida por el terraplén parece un enorme cráter iluminado.

Por la mañana un soldado me explicó orgulloso el sentido de esta pared de tierra de dos metros.

—Es para evitar los coches-bomba -me dijo.

—Ya nos pasó en el Líbano -agregó.

De seguro a esta hora el soldado engulle su cena con fruición.

A esta hora el odio parece clausurado. La muerte, sin embargo, salta en esta tierra con la destreza de un gato: un seguro mal puesto, un grupo de colonos dispuesto a provocar, una y mil piedras, un grito, y esta paz será solamente un entreacto.

Celso recorre en silencio el camino de vuelta a Tel Aviv. Hemos hablado durante todo el día hasta por los codos: entre nosotros, con otros, por separado. Tal vez sea mejor callarse. Parece tener la vista pegada al camino. Un camión nos encandila y rompe el encanto trágico de este silencio. Entonces Celso dice, sin mirarme, a sí mismo, a nadie:

—¿Cómo se puede convivir con esto?

Abro la ventanilla y dejo que el viento de la noche me pegue en la cara.

BLANCO SOBRE NEGRO

El hombre que me invita café fue tapa del New York times. Se llama Mark Cufen y es el director del Al-Hamishmmar, el periódico del MAPM. Cuando se retiraban las tropas israelíes del Sinaí, este hombre llegó en un micro hasta los puestos de control y desafió la censura militar.

—Este alambre es el límite de la libertad de prensa -dijo el hombre señalando un fardo de púas que le impedía la entrada.

Ese día su foto dio la vuelta al mundo. Al otro día una gran mancha blanca cruzaba las páginas del Al-Hamishmmar, las radios israelíes interrumpieron su transmisión y la TV oscureció la pantalla por varios minutos. Horas más tarde el ejército abría la frontera. Hoy relata una estadística con dejo de tristeza: el 52 % de la población se relaciona con hostilidad o sospecha hacia la prensa, «ya que nunca informa sobre hechos positivos». La prédica del Likud y sectores del laborismo contra la prensa ha caído en suelo fértil. Como en 1982 Ariel Sharón -entonces ministro de Defensa- puede llamar «veneno» a los editores sin que nadie se sorprenda y entre cabeceos de aprobación. Los psicólogos aseguran que el fenómeno tiene su lugar en el diccionario: se llama disonancia cognitiva, el individuo se niega a aceptar lo que ve.

También los psicólogos parecen preocuparle a la censura militar. Hace unos días el periódico de Guefen publicó un informe reservado del ejército israelí, informando sobre una cuenta regresiva: según los psiquiatras militares, el límite para permanecer en los territorios es de treinta y cinco días; luego comienzan a observarse en los soldados problemas psiquiátricos y explosiones descontroladas.

El informe debió pasar por las tachaduras de la censura militar y por los blancos de Guefen. Se publicó en la página cinco del periódico con frases interrumpidas y renglones en blanco: El título era «Balance del ejército y del alma».

PESQUISA DEL GRUPO DE PSICOLOGOS DEL EJERCITO LOGRADA ENTRE SOLDADOS Y COMANDANTES DE LOS TERRITORIOS

«La encuesta fue encomendada por los comandantes regionales (Sur y Central). Se presentaron preguntas grupales y personales. Los comandantes habían anticipado que el servicio en los territorios enferma al ejército.

Según los psicólogos por motivos poco claros resolvió el ejército no aceptar todos los resultados. Los psicólogos llegaron a las compañías en el frente en el tiempo en que se enfrentaban situaciones nuevas y difíciles:

piedras, cócteles, molotov y manifestaciones violentas, junto a una discusión pública en los medios masivos y políticos-sociales. No hay dudas sobre el hecho de que esto influenció el sentimiento de los soldados y los comandantes, y los dividió entre el uso de la fuerza y el respeto por los derechos humanos. Los psicólogos, en su mayor parte reservistas, encontraron una situación de violencia que no habían imaginado la utilización de fuerza, y la represión sobre los presos hasta quebrar sus huesos. Se golpearon transeúntes no relacionados, niños, mujeres y ancianos. Debe comprenderse que la política utilizada fue entendida por los soldados y comandantes como necesaria para detener los disturbios.

El objetivo era mantener abiertas las calles principales y normalizar la vida en los territorios. Es importante verificar como se desenvuelve la situación psicológica en estas compañías del ejército, con la seguridad de que la gran mayoría de soldados y comandantes acuerdan en que sólo la fuerza decisoria del ejército podrá devolver la tranquilidad a los territorios. Esta política es aceptada por comandantes de distintas posiciones y graduación como la única aceptable. Se llegó a la conclusión, que a pesar del sentimiento de fuerza no hay pruebas de esa fuerza en la realidad tiene que ver con la forma de comprender el conflicto por parte de los soldados, lo que debe significar una alarma en la visión de los comandantes.

La confianza de los soldados en sus superiores no ha bajado durante la revuelta el precio que puede pagar el ejercito por participar contra una población civil.

Este modo de pensar fue tomado de los entrenamientos y del tiempo de enfrentamiento en la frontera, y de la orden de no disparar.

Se observaron también distintas formas de comportamiento en los soldados durante la actividad diurna. Hay dudas expresas sobre si este comportamiento no será trasladado luego a la vida civil de los soldados. Otra dificultad se presenta en la falta de motivación hallada en los soldados de la reserva para servir en los territorios luego de utilizar una fuerza que aparece ante el soldado como excesiva o contraria a su visión del mundo y a su educación. El problema es mayor cuando se trata de los comandantes, que además de tener que impartir esas órdenes, deben exigir su cumplimiento.

En relación al comportamiento de los soldados en los territorios los psicólogos no encuentran definiciones concretas que globalicen la

situación; en la mayoría de los casos los soldados observan un comportamiento razonable sobre la población local, pero temen lo que pueda suceder en el futuro. Los soldados que se exceden en el uso de la fuerza no han sido en general preparados para presiones de este tipo. Un soldado que desconfía de sus amigos y comandantes, y se siente a gusto en esta situación, es tomado en el grupo como un estorbo, por eso preparan ahora los soldados con anterioridad a su traslado a los territorios.

Los oficiales de menor graduación se sienten ahora apoyados por sus superiores los soldados sienten que son acusados de excesos por una parte de la población, y de blandura por la otra parte; esto provoca que se sientan incomprendidos los psicólogos y los comandantes el proceso de radicalización en lo que significa odio hacia el árabe.

Esta radicalización se observa fundamentalmente en los soldados más jóvenes y despolitizados, la juventud se derechiza, el conflicto entre el ejército y la población es destructivo en todas las formas. Los psicólogos aseguran que entre los comandantes hay una sensación de inseguridad, y cada uno debe encontrarse a sí mismo en ese marco de inestabilidad y de necesaria seguridad de las órdenes.

De hecho, en lo cotidiano se duda constantemente: si usar la fuerza contra las mujeres, cuándo sacar a la gente de sus casas, si invadir los campamentos, cómo controlar a los soldados para evitar los excesos. Los soldados creen que el ejército tiene la fuerza para resolver cualquier problema, pero los comandantes tienen una idea política más amplia. La gran mayoría de los oficiales cree que la solución es política y no militar. Concretamente, exigen encontrar una nueva política para los territorios.

La política de garrotes acarreará en el futuro problemas para los soldados y los comandantes con la política del garrote para los habitantes de los territorios y para la imagen internacional del ejército es mucho peor «Vencer, retirarse o mantener la posición» son conceptos inexistentes en la ocupación prolongada y bajo conflicto, y los soldados deben recrearlos para resguardar su ego y lograr un balance ante el ejército descontrolado de la fuerza. El ejército debe encontrar respuestas para esta nueva situación y los problemas psicológicos que acarrea. Debe reencauzarse la verticalidad y la comunicación en la cadena de mandos. El ejército y los responsables políticos deben atender el estudio y las propuestas del grupo, los comandantes deben ser más receptivos para comprender que muchos

soldados no están capacitados para enfrentar esta situación y deben retirarlos del frente para que su contacto con otros soldados no generalice el conflicto.

Sería interesante observar una nueva pesquisa en los próximos días».

Doña María del Carmen López, mi abuela, llegó al puerto de Buenos Aires a principios del siglo a bordo de un barco de inmigrantes. Tenía trece, o catorce años, y la juventud le quemaba en el cuerpo. Traía consigo algunas direcciones de parientes, una valija modesta, un cuadro de Alfonso XIII -rey de España- y un libro «Guía de la juventud», editado en Madrid pocos años antes, en 1886. Traía también dos inmensos ojos verdes que se emocionaban con facilidad. Doña Carmen no sabía leer ni escribir, apenas dibujaba su firma con trabajo. Sin embargo, aquel libro la acompañó durante ochenta años en su casa de Sarandí. Quizá fuera un regalo apresurado, antes de la partida. Quizá se lo leyeran. Cuando descubrí aquel libro revolviendo armarios, ya era tarde para preguntarle. El tiempo había mascado, amarillento, los bordes de aquel libro donde el padre Tomás Péndola «con aprobación de la autoridad eclesiástica», aconsejaba a los jóvenes sobre la vida religiosa.

«Al salir el joven de la escuela y entrar en la sociedad moderna, se encuentra con un enemigo para combatir -aseguraba el padre Péndola- ese enemigo es el racionalismo, que intentará sumergirlo en la duda.»

Leí por completo aquel libro en una larga noche de 1975, sometido a la sonrisa y a la incredulidad. La edición finalizaba con una lista de «Máximas importantes», que «debe tener en cuenta el joven para evitar muchos males». Una de ellas quedó impregnada en mi memoria: «Aléjate del amor y de las novelas: han conducido a muchos al suicidio». «Vive, pues, amado mío -finalizaba la curiosa lista- con temor de Dios, y serás dichoso en tu muerte, dichoso en la eternidad.»

Imaginé aquella noche en el mar, las semanas que transcurrían lentas en aquel barco, y el rostro de mi abuela mirando a la nada, escuchando de boca de alguna compañera aquellos consejos sobre Dios.

Aquel libro y la voz de un cura de Avellaneda, fueron mis únicos contactos con la religión.

La voz que decía detrás del enrejado del confesionario:

—Hijo mío, ¿haz cruzado la calle solo?

—Si padre.

—Cada vez que cruzas la calle sin permiso, el Señor recibe un latigazo en la espalda por tu culpa.

Yo tenía ocho años y un traje blanco que aguardaba mi primera comunión.

Estos dos recuerdos me saltan encima cuando el Ford gira veloz por un camino de montaña y aparece esa ciudad en medio de una inmensa olla dorada.

—Jerusalén -anuncia Celso, parodiando a un guía de turismo.

Dicen que en aquella ciudad, ahí abajo, se guarda el secreto de la vida y de la muerte.

UN PAJARO NEGRO

«Hay que decirlo enseguida. Jerusalén se ha convertido en el sitio más apropiado para perder la fe en Dios y en los hombres.

Jerusalén es una conciencia. Dentro de ella aún permanece envasada la locura de la inmortalidad.»

MANUEL VICENT

Dios tiene tres propietarios. Los judíos han proclamado aquí el centro espiritual de su pueblo, desde que el rey David nombrara a Jerusalén capital de la Tierra de Israel, en el año 1.000 antes de Cristo. Para los católicos éste es el sitio de la crucifixión y sepultura de Jesús. Para los árabes, ésta es la tercera ciudad santa y el lugar desde donde el profeta Mahoma ascendió al cielo.

En esta ciudad no existen dudas, y Descartes hubiera sido echado a la estufa antes de hacer sus preguntas molestas. Cuatrocientos veintiocho mil personas se levantan aquí, cada mañana, convencidas de que se encuentran en lo cierto.

Desde el pequeño barrio de Mea Shearim, algunos miles de judíos ortodoxos dictan las pautas de vida para todo el Estado de Israel. El pasado sábado 23 de junio, en un accidente automovilístico, murieron 22 niños en Petaj Tikva. Itzjak Peretz, rabino y ministro del Interior del país, no dudó en asegurar:

—Tenemos una Torá que nos enseña cosas muy claras: si se transgrede el descanso del sábado, en el Estado de Israel ocurrirán desgracias.

Hace unas semanas el tribunal municipal de primera instancia declaró caducas las ordenanzas que limitan los espectáculos en sábado, y esta

ciudad se convirtió en un torbellino.

–En sábado -habría asegurado Dios alguna vez- no se debe manejar, ni trabajar, y menos aún asistir al cine.

–No creo que Dios haya mencionado lo del cine -le digo a Celso.

–Sos un pagano hijo de puta -me responde.

Hace más de quince años que la militancia religiosa ha dejado de resistir en el Mea Shearim y ha comenzado a presionar sobre el cuerpo social. Así, en todo el país, el transporte se paraliza los sábados. Todos los restaurantes siguen las reglas de la comida casher, y nadie vende cerdo. Con los años el Partido Religioso Nacional -que conserva, inexplicablemente, un ala moderada y progresista- junto a la ultraortodoxia religiosa pudo imponer la ley que limita el aborto, la prohibición de la venta de pan en el Pesaj, la prohibición de venta de trigo del año sabático, la cría y comercialización de cerdo, modificó la ley de anatomía y patología de manera de impedir el transplante de órganos y logró aumentos presupuestarios para su red de «enseñanza independiente», junto a la excepción del servicio militar para sus acólitos.

También detuvieron la construcción de un estadio deportivo en la ciudad. El proyecto quemó las manos del primer ministro Shamir hasta que dio con un vericuelo legal: pasó el expediente a una comisión nombrada al efecto, que aún estudia la forma de dejar la propuesta en el olvido.

Fue también Shamir quien salió a calmar los ánimos sabáticos:

–El sábado debe tener en Israel un carácter judío especial -aseguró- de manera que todo el que llegue a una aldea o a una ciudad, sienta a cada paso que es sábado.

Los rabinos que también dictaminan en materia de medicina, de inmigración -diciendo quién es judío y quien no- y que bautizaron a la guerra del Líbano como «guerra preceptual», para luego santificar los territorios ocupados, han declarado ayer que la decisión de abrir las salas de cine los sábados es «helenizante»

Once ultraortodoxos fueron arrestados anoche durante una manifestación en la calle Bar Ilan, y el ambiente puede tensarse esta mañana.

Hombres con levita y sombrero caminan por las calles de Jerusalén convencidos de que el tiempo es un accidente menor. Todos parecen tener la misma edad.

Los niños también son adustos, y se visten de abuelitos. Todas las mujeres están embarazadas, y llevan además su carrito con un niño pequeño, que en pocos años más podrá envejecer de negro.

Parece por lo menos triste tener a Dios de tu lado.

Un periodista francés me cuenta que hace unas horas, en el norte de la ciudad, apedrearon a una mujer por llevar pantalones. Nos advierte que sólo manejemos por la zona turística los sábados, y que quitemos el cartel de prensa del automóvil. Dios nunca tuvo un buen concepto de los periodistas.

Al mediodía, frente a la ciudad árabe de Jerusalén – ocupada por el ejército israelí en 1967- sólo están abiertas las farmacias. La Orden ha emanado obviamente del Comité de Huelga, y de seguro sólo las farmacias han abierto en toda la extensión de los territorios.

El barrio árabe es un hervidero. Está rodeado por una gran muralla que está allí desde el comienzo de los tiempos. Ahora algunos soldados mascan chicle y se aburren con el dedo en el gatillo. En los últimos meses se ha reducido el turismo. Hoy hay tan sólo algunos micros con mujeres alemanas embolsadas en pantalones inmensos que portan cámaras de video. Caminan como patos detrás del guía. Les han asegurado que los árabes matan por la espalda, como si se tratara de una costumbre folklórica, y entonces se dan vuelta azoradas cada cinco pasos, con la respiración acelerada y el miedo en los ojos. La guía da indicaciones gentiles pero metálicas desde un megáfono, y las señoras reconstruyen la vida de Cristo caminando por la Vía Dolorosa.

En uno de los extremos de la ciudad árabe se ubica la mezquita de Omar. Una de las mujeres la señala en el plano pero la guía insiste en tomar otro camino. Es mejor no entrar. Las mujeres obedecen con docilidad.

—¿Por qué no? — respondía con una pregunta a otra pregunta el ministro Ariel Sharon.

Una semana después de iniciada la revuelta en los territorios, el ministro de Industria y Comercio -antes de Defensa- compraba una casa en el barrio árabe de Jerusalén. Llegó rodeado de fotógrafos y policías. Los movimientos pacifistas hicieron esa misma noche una manifestación de protesta contra lo que consideraban una provocación. Sharon no se había inmutado por el desastre de la guerra del Líbano, bautizada por él mismo como «Operación Paz para la Galilea», Y no iba a preocuparse por unos cuantos protestones.

Desde aquella semana -a fines de diciembre- hasta hoy, ha ido a su nueva casa una sola vez. Entonces, más de cuarenta guardias del ejército debieron subir a las azoteas, entrar a los patios de las casas vecinas, cerrar las calles.

Doce oficiales de la policía israelí gastan ahora el tiempo en tandas de doce horas, cuidando esta casa vacía.

—Contra la pared, muestren los documentos y cierren la boca -gritó el soldado.

Los dos árabes obedecieron. Es viernes al mediodía, en la calle Iafó, del barrio judío.

—¡Los documentos, dije! — insiste el soldado mientras aplasta con un manotazo a uno de los árabes contra el muro.

—¡Vos también! — advierte al otro, mientras le azuza las costillas con la culata del fusil.

Algunos israelíes detienen su marcha y asisten a la escena como si se tratara de un sueño.

—¡Documentos! ¡Y no te muevas! — vuelve a gritar.

Un israelí se acerca moviendo la cabeza.

—¿Están locos? Revisen los documentos y pórtense como personas...

El soldado echa espuma.

—¡Pedazo de OLP, no me vas a decir cómo hacer el trabajo!

—¡A mí no me vas a gritar OLP!

La discusión se generaliza. Las piernas de uno de los árabes, que mantiene la cara contra la pared, tiemblan como hojas secas;

—¡Zurdo imbécil! — agrega el soldado-, por culpa de olupistas como vos levantan la cabeza estos mierdas.

Una mujer canosa ajusta sus lentes e interviene:

—Pasé cosas similares en Alemania. ¿No les da vergüenza?

El soldado decide no escucharla. Echa un vistazo rápido a las credenciales Y después escupe:

—Basta, desaparezcan. Vuelen de acá. Usted, señora, no moleste en el trabajo.

El odio sobrevuela esta ciudad como un pájaro negro.

Está en los mercados, en la calle, en los silencios y en casi todas las miradas.

En Jerusalén, a diferencia de Tel Aviv, un árabe y un israelí pueden tropezar en una esquina.

Dios produjo aquí el milagro de almanaque: cada sector sube en un día distinto su escalera al cielo. El viernes es sagrado para los árabes, el sábado para los judíos y el domingo para los cristianos. El resto de la semana es, simplemente, una carrera contra la virtud.

Hoy la ciudad se ha despertado con una piedra camino al Paraíso. Los árabes israelíes anunciaron su decisión de plegarse a la huelga general el próximo 30 de marzo, día de la Tierra. Desde que los boletines confirmaron la noticia ha comenzado una cuenta regresiva. Una cosa es la huelga en los territorios y otra aquel al lado, en las aldeas que rodean Tel Aviv, en la casa de enfrente. Han dicho que el paro durará sólo un día. Recuerdan la expropiación, en 1976, de 25 mil hectáreas de tierras cultivables.

En un pasillo de la Universidad, alguien me cuenta una paradoja:

–En hebreo, persona y tierra tienen la misma raíz; en árabe, tierra y honor tienen la misma raíz.

–Adam, en hebreo, es hombre. Adamá quiere decir tierra.

–Arda, en árabe es tierra. Ard significa honor.

Por esta Universidad de Jerusalén han pasado dos personas que lograron armar este rompecabezas: Isaías Leibowitz, un profesor radical que entrevistaré días más tarde y Shulamit Ar-Even, una socióloga que publicó hace unos meses un par de trabajos sobre la óptica interna de la revuelta. Ambos trabajos están en hebreo, y Celso promete a regañadientes traducirlos en el kibutz.

Ya es de noche, y a esta hora sólo los ángeles discuten. El resto de Jerusalén duerme el sueño de los convencidos y, desde la montaña, las casas parecen pequeños barcos titilando en un mar inmenso y acechante. Celso enciende la radio del auto:

–Dice que un árabe mató esta tarde a un soldado en Belén.

Dios no podrá dormir tranquilo.

–Ahhh,...ajá...mmm...sí, si...mmm

–No, léelo en voz alta.

–Pará, leo cada párrafo y después traduzco todo.

–Palabra por palabra.

–Qué pagano hincha pelotas... así vamos a terminar a la madrugada.

–También si seguimos discutiendo.

—O artigo se llama... cómo es cuando voce face fuerza... pero no una persona, sino un grupo...

—Que hace presión.

—Eso, presiones. Presiones reales... no, reales no. Presiones verdaderas.

El artículo de Shuiamit Ar-Even se desordena en una pila de fotocopias del Al-Hamishmar.

Celso, resignado ante la traducción, comienza a leerlo con dificultad.

«Hace algunos años un turista inglés visitó un zoológico de una de las capitales árabes. Se llevó una mala impresión. Los animales estaban abandonados y las jaulas sucias. Como buen inglés, habló con el responsable del zoológico, inquirendolo sobre la razón del abandono. El responsable le dijo:

—Qué podemos hacer, si todo es because the struggle (por: el conflicto, en inglés en el original).

El conflicto, o la guerra, o la posibilidad de la guerra, o el conflicto existencial, o la seguridad, o la presión psicológica, cada uno encuentra la explicación que más le agrada. Siempre encontramos alguna explicación para las cosas que suceden y para las que no suceden, para las que deben hacerse y no se hacen, para las que deben existir y las que no.

Un israelí se preguntó en la calle por los motivos de la burocracia, la muerte en los accidentes de tránsito, la estupidez en la sociedad, en el coche, en el trabajo; se pregunta sobre el motivo de la falta de especialización profesional, sobre el porqué de la apatía, de la falta de responsabilidad, de la imposibilidad de distinguir entre lo contingente y lo necesario. Este israelí puede preguntarse sobre nuestra dificultad de distinguir entre los hechos y la mentira, entre una cosa bien hecha y una mal hecha, cuál es el motivo que nos impide distinguir, y cuál es el motivo del odio al extranjero. Y puede responderse:

—¿Qué podemos hacer si hay problemas de seguridad?

Sin embargo, durante los 34 años de lucha del ejército israelí, durante 1760 semanas criamos a nuestros hijos, regamos las plantas, trabajamos, estudiamos, comimos, paseamos y pagamos los impuestos. Podríamos suponer que durante ese tiempo no conocíamos ni la conquista ni los bombardeos, y que nuestros cielos estaban seguros. Hay hoy en Israel familias con muertos en accidentes de tránsito, y su número es tres veces mayor al de los muertos por la guerra o el terrorismo en el mismo período.

En las rutas no hubo una sola semana sin accidentes. Cuando Ariel Sharón trató de explicar la aventura libanesa, aseguró que «había más de mil muertos por el terrorismo». Sabemos que este señor, como siempre mantuvo sus distancias con la verdad. En el período anterior a la guerra, el terrorismo había disminuido drásticamente por la acción del ejército. En los tres años anteriores a la Guerra del Líbano murieron 37 personas en actos terroristas, y en el año anterior a la guerra murió una sola persona. Es cierto que esto es inaceptable, pero habría que recordar lo que pasó con esa guerra y todo lo que sucede habitualmente, junto al uso del argumento tradicional: Israel está en peligro de existencia.

Finalmente ocurre que terminamos creando situaciones en las que mueren más personas que las asesinadas por los terroristas, y todo sin ningún motivo lógico.

Lo cierto es que, a pesar de la retórica amenazante de los políticos, el Estado de Israel, desde la guerra de la independencia, no estuvo nunca en situación de desaparecer. Su fuerza actual, incluido el potencial atómico, no permitiría que esto ocurriera en un futuro próximo.

Las guerras de Israel no acontecen en nuestro territorio. Nuestras casas no fueron conquistadas y nuestras familias no fueron transportadas en camiones del ejército. Aun cuando se utilizó contra nosotros la fuerza de dos o más países -como la guerra del Yom Kipur, en 1973- no terminó el conflicto dentro de nuestro territorio y si, 40 kilómetros de Damasco y a 100 de El Cairo.

Si alguien quiso perturbar la vida cotidiana del país a través de ataques a escuelas, no pudo conseguirlo. La vida cotidiana de los combatientes y sus familias tampoco se vio alterada.

Tal vez tuviéramos otro punto de vista si recordamos que durante la Segunda Guerra Mundial hubo familias enteras bajo la conquista, y los soldados no vieron a sus seres cercanos durante cinco años.

En Israel, fuera del hecho de una lucha total de cinco semanas, el pueblo llevó una vida normal. No hay dudas de que esto se debe a nuestro ejército que, a pesar de los errores, sirvió durante cuarenta años como un ejército de defensa real.

Es cierto que la generación de políticos árabes de los cincuenta y sesenta pensaba en la destrucción de Israel y en arrojar a los judíos al mar, y es el documento palestino del año 1964 (la carta fundacional de la OLP) lo

que demuestra esas posiciones. No podemos olvidar que la OLP que formada por los gobiernos árabes tres años antes de la conquista israelí de los territorios ocupados, y en esa época no se hablaba de Hebrón y sí de Jaffa. Si alguien hubiera podido anticipar el futuro a los políticos árabes, y ellos hubieran sabido que iban a perder, Israel no estaría hoy día en esta situación. Pero tampoco habría paz con Egipto, el más grande de los países árabes, y un cuarto de millón de israelíes no lo hubieran visitado.

Aquellos políticos no hubieran creído que la OLP iba a proponer sentarse en una mesa de negociación con un Estado que quería destruir, y menos aún que esta organización estuviera dispuesta a dialogar sobre la división de territorios en base a la propuesta de la ONU.

Lo que fue en un comienzo un conflicto israelí contra todos los árabes, sin posibilidades de solución, se dividió luego en varios conflictos, del todo distintos. Queda hoy el problema palestino, que tiene una solución.

Hoy en día ellos reconocen a Israel y están dispuestos a negociar una paz de hecho y de derecho.

Aún cuando a veces escuchamos la misma retórica de hace treinta años, nadie pone en duda la existencia de Israel en la región. Es para ellos un hecho difícil de aceptar, pero lo aceptan. Por eso resulta extraño escuchar de nuestro lado cosas como: «Ellos quieren Jaffa», porque aunque la quieran no van a recibirla.

Para esto existen negociaciones, para que también nosotros terminemos con los sueños sobre Hebrón y empecemos a vivir como seres humanos. Comenzaremos a viajar a Hebrón con visa, como hoy viajamos a cualquier lugar del mundo. Israel no está dispuesta a ser destruida, y en esto no hacemos ninguna negociación.

Pero sí pueden negociarse los territorios.

El problema central de Israel no es la seguridad; lo central es el problema social, o mejor dicho, una serie de pequeños problemas sociales. El problema de la seguridad se ha tornado simbólico: es una forma de que nos olvidemos de otros asuntos internos. Utilizamos, conscientemente o no, el conflicto árabe-israelí como una excusa para la evasión. Los otros problemas se adentran más en lo cotidiano y en la vida social.

No quiero disminuir el valor del problema de la seguridad: existe y es importante, de hecho aun hoy nuestra frontera norte es peligrosa. Pero es justamente por ello que debemos encontrar una solución al problema

palestino, porque puede llevarnos a una nueva guerra, y quizá a la más difícil.

De hecho, aunque sólo tuvimos cinco semanas de lucha en 34 años; en las 1760 semanas normales la próxima guerra convive con nosotros.

Al menos metafóricamente hay también época de desgaste, de ataques a ómnibus y de problemas fronterizos. Pero, con la mano en el corazón: ¿nuestra indiferencia en relación con el individuo y en el respeto al otro, surge porque cayó una bomba en territorio israelí? ¿el hecho de que gran parte de nuestra inteligencia no sepa hebreo, es debido a una bomba que explotó en una parada de ómnibus?

Hubo sociedades e intelectuales en el mundo, hubo organizaciones sociales en el mundo, que funcionaron de forma perfecta incluso bajo la conquista. Hubo pueblos que consiguieron proteger a sus integrantes un minuto después de la destrucción.

Hay una gran diferencia entre las metáforas y la realidad: el miedo a la guerra no es lo mismo que la guerra.

Quien analiza hoy la sociedad israelí y su historia de los últimos años debe tomar en cuenta algunos hechos básicos que no pueden ser cambiados: vivimos en un país pequeño, sin un sentimiento geográfico de seguridad, no tenemos grandes ríos ni grandes desiertos, tenemos una población escasa y concentrada en las ciudades, no tenemos riquezas naturales, y toda el agua del país se concentra en el mar de la Galilea. Pero esto no depende de nosotros. Si se aceptan estos razonamientos iniciales, la importancia de la sociedad es mayor: las personas dependen unas de otras para saber cómo vivir juntas, cómo resolver los problemas; el sentimiento de seguridad aparece garantizado por el sentimiento en el trabajo, los contactos con las instituciones, las esperanzas económicas y la posibilidad de los estudios superiores.

Israel es ante todo un país inmigratorio, y muchos de sus habitantes cambiaron radicalmente -y a veces de modo traumático- su vida. Nueva lengua, costumbres, clima y cultura.

Gran parte de estas personas no volvieron a su antiguo país, y todo su pasado desapareció de repente. En los países inmigratorios la sociedad no percibe continuidad y normalidad en su vida. Quien visita una villa en Egipto ve a hombres y mujeres con rasgos similares a los de los grabados

que quedaron de la cultura del Nilo. Después de siete mil años de residencia en el lugar los egipcios representan, de hecho, una cultura permanente.

Israel es, en realidad, una concentración de personas con la calidad de inmigrantes como único denominador común. Parte de nosotros pasó una experiencia difícilísima en el Holocausto-, y casi no hablamos sobre ello. Hay pocas personas que puedan comparar su infancia y encontrar puntos de contacto. Estas influencias llegan hasta la segunda generación. Fueron encontrados puntos de contacto en la personalidad de los hijos de quienes pasaron el Holocausto, en los hijos de quienes salieron de países árabes.

Las bases culturales de la persona no desaparecen de repente. Un ser humano no se convierte en israelí en el momento de recibir su carnet de identidad, o cuando alguien le cambia el nombre en la escuela.

Conversando con una trabajadora social que trabajo con inmigrantes etíopes, descubrí que en nuestras escuelas aún obligan a los inmigrantes a recibir nombres israelíes. Si uno llega a un país con tradiciones, y con una identidad cultural concreta y profunda, podrá adaptarse más rápidamente. Entre nosotros nunca fue así. Los inmigrantes encontraron aquí pocas normas sociales, culturales y cívicas.

Era necesario enseñarles y aprender de ellos. Hoy convivimos con diferentes normas artísticas y culturales, que incluso ponen en duda si es posible una integración cultural completa en las próximas generaciones. El mejor testigo de esto es la división política israelí que, de hecho, muestra simples problemas de identidad. Las diferencias entre los votantes de los distintos partidos no se basan sólo en una forma de ver la política. Una sociedad inmigratoria, en la que quienes llegaron no tenían ejemplos rectores, puede llegar a la violencia política y a la radicalización grupal. Cuando la identidad personal no tiene un punto de referencia, también la política se convierte en una forma de competencia por la identidad, como le sucede a los hinchas de fútbol. De esta forma, la presión psicológica se inserta en lo cotidiano y se transforma de hecho en presión social. Los inmigrantes viven con un sentimiento de infelicidad ante una adaptación que no fue completa.

La juventud asegura que la experiencia en el ejército es la única experiencia israelí.

Por esta afirmación cuentan con el odio de los árabes y de los judíos ortodoxos. El ejército se transformó en la única experiencia cultural común

a toda la sociedad inmigratoria. Los cambios radicales crearon radicalización en los inmigrantes.

El proceso de creación del país fue quebrado en el verano de 1967 con la conquista, que no había sido imaginada, y que ocupó un pueblo numeroso. Un pueblo que dentro de treinta años será la mitad de la población de la región.

Nadie pensó absorber a estas personas en la sociedad.

El Estado debía ser un Estado judío, y tener una cultura hebraica; podía absorber pequeñas minorías, pero no una grande. Si los israelíes del '67 se hubieran propuesto absorber toda la población árabe del mismo modo que se absorbió a los inmigrantes, no hubiera sido aceptado. Se proponía asegurar los territorios cerrando los ojos ante la población. Los dirigentes del país y la gran mayoría de los ciudadanos no veía a los territorios como algo eterno, y sí como algo a ser negociado en el futuro: los árabes serían un problema temporal. Yo personalmente escuché decir a Moshé Dayan después de la Guerra de los Seis Días: «Las fronteras del Estado pueden ser las ideales, pero es irreal pensar que podamos mantenerlas durante mucho tiempo». La llamada telefónica de Hussein proponiendo una negociación no llegó jamás y así pasaron veinte años sin que nadie tomara ninguna resolución sobre el destino de la población de los territorios, que entretanto fue aumentando. De hecho, los árabes ingresaron de una u otra forma en la sociedad, y hoy ciento veinte mil trabajadores árabes hacen el trabajo que los judíos desechan. Hubo también fábricas que comenzaron a producir para los territorios, y crearon una economía colonialista y atrasada. Vivimos al lado de personas que no participan de nuestra identidad y nuestro idioma, y hay leyes para ellos y para nosotros.

Ellos dependen del ánimo con que el soldado o el policía se levantó por la mañana. La mitad de la población vive en democracia y el resto, que no tiene nacionalidad, vive bajo la conquista. Esta situación cambió radicalmente la mentalidad israelí que comenzaba a formarse a fines de los sesenta: se pasó de luchar por la libertad a luchar por la dominación y la represión. Las condiciones para una próxima guerra son constantes: Israel podrá ganarla, pero los especialistas aseguran que en el enfrentamiento morirían siete mil soldados israelíes. Socialmente no hay condiciones de superar esta situación.»

EL DIA DE LA TIERRA

La noche se había transformado en una pasta blanca y reseca que se le pegaba a la boca. Se miró al espejo y emitió un quejido. Tenía los ojos rojos y cansados, y el maldito despertador no paraba de sonar. Arrojó con fuerza una toalla desde el baño y el reloj detuvo su timbre contra la alfombra.

Prendió el primer Winston y después tosió. El teléfono comenzó a sonar:

–Seven o'clock, Mr. Richards -dijo una voz que parecía una grabación.

Siempre temía quedarse dormida. Una madrugada, en Camboya, su sueño le había impedido una nota con los dirigentes del Kmer Rouge. Desde entonces no durmió tranquilo. El teléfono volvió a sonar:

–Fifteen minutes past seven, Mr. Richards -dijo la grabación.

–OK. It's okey. I'll go to the lobby. Thanks.

El Winston estaba apagado en un costado de la bañera. Abrió la ducha y dejó que el agua le animara la cara. La vida era una mierda esta y otras mañanas, especialmente cuando le pesaba así en la espalda, cuando el cansancio le hacía doblar las piernas antes de entrar al ascensor. Tommy Richards había renunciado a preguntarse por el sentido de las cosas. La realidad era un estornudo, una burbuja, un globo que se escapaba en medio del Central Park. Había llegado a Nueva York desde Montana hace mil años, con el Pulitzer marcado en la frente. Es cierto, aún no lo había conseguido, pero nunca digas nunca. Su trabajo en la ABC era bueno, aún cuando estaba condenado a dormir en los sitios más insólitos del planeta.

Anoche, la voz de su editor sonaba desde el otro lado del globo:

–Acción. ¡No sabes lo que es acción? Estoy harto de estos boludos de turbantes corriendo de un lado a otro.

A la gente no le interesa lo que le pase a estos tipos de piel cetrina, ya bastantes chicanos tenemos en Harlem.

Acción, ¿me entiendes? Sangre, cariño. Sí, bajamos tres puntos. Estos hijos de puta de la NBC nos tienen en los talones. ¿Volver cuándo, dijiste? No, ni soñarlo. Estarán ahí otra semana. Tommy, por última vez, a ver, repítelo conmigo: A-C-C-I-O-N. Acción. OK. Se un buen chico.

Andy y Stash ya habían arrasado con el desayuno, y con su primera dosis de polvo de estrellas. Ahora Stash flirteaba con la camarera y Andy estaba clausurado con su walk-man.

—¿Hablaste con Dios? — le preguntó Stash.

—Anoche. Para mí, café sólo. Grande.

—¿Y?

—Lo de siempre. Dice que la gente no quiere ver más mujeres llorando, que ya tienen la suya en casa.

—¿Sabes qué? — dice Stash engrosando la voz- algo de sangre, hermano. Y si no hay...

—Pégale tú con la cámara en la cabeza, dicen los dos al unísono y rompen en una carcajada.

—¿Dónde mierda vamos a ir? — pregunta Andy casi a los gritos, deformado por el auricular.

—Belén.

—Vílen -repite el otro.

—No, Belén. Ahí es donde nació ese tipo, Cristo.

Por tercer día debe cumplir vigilancia en el Ministerio del Interior. El camión del ejército lo deja en la puerta y Moshé Katz se baja desperezándose y arrastrando los pies. El teniente lo saluda con una sonrisa, y el camión se aleja.

Moshé Katz mira al cielo de Belén y adivina que esa será otra aburrida mañana de marzo. Cuando lo traían, alcanzó a divisar en una pared una pintada: «007», decía. Alguien le había contado anoche del tipo que lincharon en Gaza. Sin embargo ayer su escuadra había detenido a más de cincuenta, y la ciudad hoy parecía repleta de viejos, niños y mujeres. No había de qué preocuparse. Dos soldados de su batallón vigilaban el banco de enfrente. Uno de ellos tomaba Coca-Cola y le ofreció a la distancia.

Moshé Katz la rehusó. Después cruzaría, cuando el día se fuera estirando como una goma mascada, y comenzara a aburrirse de aquello: estar parado, hablar lo menos posible, observar alrededor. Moshé Katz vio pasar el Mustang blanco con los yanquis de la televisión. Un cartel inmenso y anaranjado advertía: ABC, no dispare. Los tipos dieron vueltas alrededor de la ciudad una y mil veces. A las once las persianas de los comercios comenzaron a abrirse, y los árabes comenzaron a aparecer en la ciudad.

No temía a los árabes, pero aquella sincronización, esta huelga de tres meses, le daba miedo. Moshé Katz se preguntó cuánto duraría todo esto. En un mes, como reservista, volvería a Tel Aviv, y este sitio sería sólo parte de una pesadilla.

Las mujeres ahora cruzaban la plaza con bolsas cargadas, y evitaban mirarlo a los ojos. Sólo los jóvenes lo hacían, y algunos niños, que mantenían una mirada antigua y consumida por el odio. Ante aquellas miradas Moshé Katz no sentía miedo, sino un tipo de vergüenza que le resultaba inexplicable. No lo había hablado con sus compañeros. Simplemente lo hubieran tomado a broma.

Moshé Katz vio la sombra cuando la tuvo encima. La cara de esa sombra era la de un hombre joven que entrecerró los ojos y disparó dos veces.

Después, el hombre se quedó paralizado un segundo que fue una eternidad, con una pistola nueve milímetros en la mano, y sin saber hacia dónde correr.

A los cien días de revuelta en los territorios, y con ciento treinta árabes muertos, Moshé Katz era el primer muerto israelí.

Stash escuchó el disparo y retrocedió más de media cuadra con el Mustang hasta que salió derrapando por la calle lateral. Andy saltó del auto con la cámara rodando. Tommy se desenredaba el cable del micrófono y los tres corrieron hacia el soldado que yacía en el piso. Otros dos soldados, que hacían guardia en un banco de enfrente ya estaban en el lugar y sólo proferían insultos a los gritos.

Uno de ellos señaló con el brazo:

—Salió hacia allá.

Pero ya era difícil distinguir entre la multitud del mercado, que también había quedado paralizada. Andy giraba alrededor del cuerpo buscando el ángulo. Sólo podía escucharse el ronroneo de la cámara. El tipo todavía estaba vivo. Tenía un balazo en la nuca, y trataba de hablar entre borbotones de sangre.

Los compañeros del soldado dispararon ráfagas al aire, para pedir ayuda, mientras un hombre armado -vestido de civil- sostenía la cabeza- del herido. Uno de los soldados llora en cuclillas, al lado del cuerpo. La ambulancia del hospital de Belén tardó en llegar. Fue llamada por un médico árabe que se sumó al enfermero acompañó al soldado al hospital Hadassa, de Jerusalén.

Andy estaba en la gloria. Tenía excelentes pianos de todo. Tommy miró a la cámara y repitió en voz baja los datos centrales: el tipo se llamaba

Moshe Katz, tenía 28 años, era reservista de las fuerzas blindadas, los soldados aseguraban que un árabe le había disparado con, una pistola.

Minutos más tarde la zona estaba cerrada, y se implantó el estado de sitio.

Fueron arrestados noventa sospechosos. Un helicóptero sobrevolaba la zona.

—Buen material -dijo horas más tarde Thomas Richards al teléfono- y somos los únicos.

El día ha amanecido oscuro como un secreto. En esta aldea las nubes llegan a dos metros del suelo y la mañana -que recién comienza- se pasará volando como siempre. Hace unas horas, a las cuatro, el pueblo se llenó de voces de trabajadores que eran cargados por los camiones con destino a Tel Aviv y a Jaffa. Como todas las madrugadas el pueblo se llenó de voces, de camiones en marcha, de apuros. Ahora todo es gris y en Baka El-Garbía son las siete.

Preguntamos por Walid y un anciano nos señala un bar que acaba de abrir su persiana como un bostezo. Todavía no ha llegado. En esta aldea árabe-israelí viven quince mil personas. Las casas se extienden al costado de la ruta y hacia el monte. Parece uno de esos pueblos de Formosa en los que al anochecer, uno puede tener la seguridad de que todo está perdido.

El dueño del bar acomoda algunas mesas en la vereda. Nos sentamos, mientras un chico no deja de mirarnos en silencio, abrazado a una columna. El chico se acerca y pregunta quién soy. Celso le explica que un periodista argentino.

—Ah... Maradona -dice el chico con el rostro iluminado.

El dueño del bar habla hebreo con fluidez. Sí, el Día de la Tierra será este miércoles. No, no hay de qué preocuparse. La comisión de la aldea votó anoche que todos se turnarán para controlar a los provocadores. La huelga, sin embargo, es ilevantable.

El presupuesto de esta aldea es un sexto de lo que recibe una población israelí del mismo tamaño. Sin embargo, los árabes israelíes -quienes decidieron vivir en el Estado de Israel luego de 1948- pagan los mismos impuestos que el resto de la población. Los niños reciben aquí menos horas de enseñanza: cuatro, en lugar de seis; y no se construyen escuelas desde hace años. En estas aldeas tampoco hay fábricas: los obreros se levantan cada madrugada y salen con destino a ciudades israelíes, allí trabajarán

desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde por un salario de veinticinco shekels y sin beneficios de jerarquía, presentismo o calificación. Ganan más, sin embargo, que los árabes de los territorios -tomados desde 1967- ellos cobran dieciséis shekel en negro. Es el treinta y cinco por ciento del salario de un israelí por el mismo trabajo.

La central obrera israelí, Histadrut, no ha establecido aquí un Consejo Obrero, dependen del de Hedera, una población judía cercana. El argumento fue simple: «No podemos formarlo para que no lo dominen los comunistas».

Las leyes que rigen esta aldea son, al igual que en los territorios, las del mandato británico y algunas normas otomanas con más de doscientos años de antigüedad: existe el arresto domiciliario y también, el castigo colectivo.

Piedras o neumáticos incendiados pueden condenar a toda la aldea.

Los árabes israelíes se niegan a prestar el servicio militar: los lazos de sangre hacen que todos tengan parientes en los territorios o en los países vecinos. La falta del servicio es la clave para la discriminación de derechos: en su nombre, los árabes israelíes se convierten en ciudadanos de segunda en un Estado que sí exime del servicio militar a los acólitos de las sectas ortodoxas, pero que no les quita sus derechos. El asunto se ha transformado en una convención: los avisos clasificados piden «obreros con servicio militar», y en las aldeas ya saben que no se trata de ellos.

Walid llega con dos amigos y buscamos una mesa más grande. Ambos escriben su nombre con cuidado en mi anotador: Lutfi Muasi y Said Atamni. Todos pertenecen al Consejo de la aldea. Dialogamos durante varias horas y cuidan obsesivamente que no deje de anotar una palabra. Hablan de una guerra antigua como las piedras que asola a los territorios. Una de las batallas de esa guerra es el Yom el Ard.

—Día de la Tierra -me traducen.

Muertos. Pasado. Naranjos con frutos redondos como una adolescente. Miedo.

Infancias. Guerra y llantos. Idioma. Pasos. Cultivos que se fríen lentamente al sol. Cultura. Agua. Patios. Futuro. Sueños cancelados. Palabras pronunciadas y palabras que no saldrán jamás. Odio y tiempo. Esperas. ¿Que otra cosa sino todo esto puede guardar la tierra?

El plan se llamó Repoblación de Galilea, como si los trescientos cincuenta mil árabes de la región fueran solamente desierto. En la noche del

29 al 30 de marzo de 1976 las unidades del ejército israelí rodearon las tres ciudades árabes que se habían convertido en el foco de la protesta:

Sakhnine, Arrabeh y Dir Hanna.

La muerte comenzó a la madrugada, cuando un convoy militar fue atacado con piedras y molotovs.

A la noche, eran seis los muertos, setenta los heridos y mas de mil los detenidos. Al otro día, veinticinco mil hectáreas de tierras cultivables eran confiscadas y entregadas a nuevos proyectos de colonización.

El nombre, como los chistes o como los sueños, no tuvo autor reconocido. Las tres palabras circularon por el pueblo con la velocidad de la memoria:

Yom el Ard comenzaron a repetirle los viejos a los niños

Yom el' Ard El Día de la Tierra.

Antes de llegar a Taibé, cerca de la aldea árabe de Kalansawa, hay un verdadero puesto de guardia: cuatro árabes israelíes cerca de un jeep y un tractor.

–Cuidamos del orden -dicen.

La policía y el ejército se han comprometido a no entrar al pueblo, y este grupo garantizó mantener abierta la carretera. Uno de ellos tiene un walkie-talkie.

Alguien les informa entre interferencias que unos jó- venes están quemando neumáticos en la entrada a la ciudad.

–Vamos hacia allá -dice un árabe de setenta años.

El joven salta al tractor y vuelve luego de dispersarlos.

–Misión cumplida -dice con una sonrisa.

Un periodista español lanza la pregunta como una bofetada:

–¿No les da vergüenza? Mientras sus hermanos lu- chan en los territorios ustedes mantienen el orden.

Soleimán, de cincuenta años, rompe el silencio del grupo:

–Cada uno con su lucha. Tirar piedras o quemar neumáticos acá sería hacerle el juego a la derecha de Sharón y Shamir.

El resto da muestras de aprobación.

Alguien cuenta que esta mañana, en Ramallah, una mujer intento atacar a un soldado con un machete. El soldado disparó y la mujer moría segundos más tarde, camino al hospital.

La noticia circula sin comentarios por el grupo. Hoy, 30 de marzo, el Día de la Tierra transcurre en Taibé inexorable y lento como el silencio.

LA GUERRA DE LAS PIEDRAS

Celso sabe que el telegrama puede llegar. Es sólo cuestión de tiempo.

–¿Y si llega?

–No voy a ir.

–Y si no vas qué, ¿eh?

–Voy preso por recusarme.

–¿Y después?

–Vuelvo a recusar por segunda vez.

–Y vuelvo a ir preso.

–¿Y a la tercera vez?

–A la tercera vez te llevan a faltar con un psicólogo, y te declaran loco.

Es raro, ¿no? A ellos no les entra en la cabeza que voce no quiera ir. Total, yo ya fui preso una vez.

El movimiento de quienes se rehúsan a prestar servicio militar en los territorios es ahora absolutamente marginal, contrariamente a lo que fuera durante la guerra del Líbano.

Caminamos buscando una oficina de la KLM: quizá haya visto poco, pero fue suficiente; quiero adelantar mi regreso y comenzar a escribir. Desconozco ahora que pasaré meses sin poder hacerlo, rodeado de libros sobre el conflicto y de voces y apuntes de los territorios. Esta mañana, simplemente, siento que la realidad cabe en mi libreta de notas. La computadora emite un quejido electrónico, piensa y luego dice que no hay lugar. Una de las empleadas de la KLM hace un gesto de desazón profesional:

–A Madrid, en esta época, nunca hay lugar.

Le pido que busque otro vuelo y consiente, pero aclara que la computadora jamás se equivoca. Teclea, espera y mira mi grabador:

–¿Periodista? Seguro llegó por el conflicto.

Su compañera se acerca.

–Es periodista, necesita ir a Madrid. Estoy esperando que me respondan si hay lugar en el 432.

–¿Y? ¿Qué piensa de todo esto? – me pregunta.

Respondo con una estupidez:

—La situación es complicada.

Después la mujer se enreda en un monólogo imprevisto:

—¿Usted vio alguna vez un país que devuelve tierras que ganó en una guerra? — y sonríe—. Los árabes mueren por miles, pero cada israelí que muere es importante.

Su compañera baja la vista. La mujer continúa:

—Cuando mi marido sale para el ejército, yo sé que él no odia a los árabes, pero si sé que los árabes lo odian a él. Ah si, hay lugar mañana. ¿Es ida sólo o vuelve a Israel?

La otra chica recibe la llamada de la computadora como una bendición. Tiene la cara roja y los ojos tristes. Recién entonces advierto que lleva un escudo de Amnesty Internacional. Tal vez hace semanas que eligió no discutir.

—¿Cuánta gente fue a la marcha que se hizo por la paz? — le preguntó a Celso.

—Noventa, cien mil personas. Fue una semana de trabajo. Hubo que movilizar gente de los partidos, independientes. Pero lo hicimos. A la semana hubo otra marcha.

—¿Sí?

—Fue para no devolver los territorios. ¿Sabés que gritaron unos tipos? Primeros los arabes, después los MAPAM. Boa gente, ¿no? ¿Voce sabe cuanta gente fue?

—No.

—Doscientos mil. Y la hicieron sin movilizar aparato.

Hace ya varios días que hago lo que un periodista no debe hacer: tomo partido.

He tenido discusiones por la calle, me he reunido con los grupos pacifistas, con independientes, con militares. El recuerdo de la Argentina de 1976 y 1977 se me aparece frecuente y diáfano como una diapositiva.

Camino al aeropuerto, cantamos con Celso canciones brasileiras. No he cantado en voz alta en mi vida, sólo algún murmullo entonado en mi casa cuando está vacía.

Los dos tratamos de disimular la tristeza.

—¿Y de aquella de Chico te lembrás?

—¿Cuál?

—Vai trabalhar, vagabun-do. Vai-tra-ba-lahr, criatura...

—No, pero había otra del tipo ese que componía para Milton.
Fernando... Fernando Lins.
—Ah... si... voce diz...
—Esa... Para que no digan que no hablé de las flores.
—Pra qui nao dizer que no falei das flores, si. Pero no me lembro de esa.
—¿Y la de Simone?
—¿Cuál?
—Jura secreta. So-uuuma paia-bra mi devoo-orá.
—Si, agora me lembro. Brasil. La puta madre.
Una voz asegura que el avión está al partir. Nos abrazamos, y sólo puedo pronunciar un deseo imbécil:
—Nos vemos al final de la guerra.

Celso saluda con la mano en alto mientras la escalera mecánica me chupa hacia adentro.

En el salón de tránsito un hombre hace equilibrio sobre un bolso para terminar una carta. Un grupo de turistas americanos devora chocolate, y una niña de diez años patina sobre las baldosas enceradas. El cielo está gris, y aquí dentro no existe la temperatura. Los aviones se acomodan en la pista lentos y torpes como los elefantes. Una pareja de ancianos mira a la pista con ansiedad.

Paul Eluard confesó alguna vez su amor hacia los aeropuertos por lo que encierran de eventualidad, por ese ramo de futuros posibles. Aquí, esta tarde, en el aeropuerto de Tel Aviv la melancolía se derrite como chocolate de taza.

Los españoles esperaron la señal de largada y han escapado de Madrid hacia el feriado. Esta Semana Santa ya lleva más de ochenta muertos en las rutas. Estoy encerrado en un cuarto de hotel cerca del Museo del Prado y peleo con la máquina para escribir el comienzo de la guerra de las piedras.

El mar es un rumor lejano que los hombres del automóvil no pueden oír. Sólo lo huelen, cuando la ventanilla se baja y el coche se llena del aire salado de la tarde. Ocho obreros palestinos se amontonan en los asientos. Han gastado el viaje en completo silencio.

Comenzaron la jornada a las cinco y a esta hora -las siete y treinta- el trabajo les pesa más en la espalda que la lengua. Sólo el conductor insiste en la charla que se quiebra como una madera seca.

Cuando vieron los destellos ya era tarde. Dos luces enormes se les venían encima y el chofer sólo pudo escuchar los gritos. Un camión del ejército israelí había arrastrado el auto más de cincuenta metros por la banquina, y ahora sólo quedaba una masa de metal trabado y humo que escapaba hacia el cielo.

La ruta estaba silenciosa, y después del estruendo sólo podía escucharse la radio del camión. Dos soldados bajaron manchados de sangre y se acercaron al coche tratando de desanudarlo. En la caja del camión alguien manoteaba la radio para pedir auxilio. Había cuatro muertos y cuatro heridos graves.

La noticia corrió por la región con la fatalidad de una epidemia, un camión israelí de Ashkelon se había llevado por delante a un auto con trabajadores que volvían a Jan Iunes, al sur de Gaza.

Sobre la noche, la radio aseguraba que uno de los heridos había muerto. En los territorios se quemaron llantas.

Esa noche comenzaron a llamarlo «el asesinato de la ruta». Alguien dijo que se había tratado de un ataque programado, y el reguero se prendió con facilidad.

Sholomo Sakal, un comerciante israelí, no había escuchado nada sobre el accidente en la mañana del jueves 10 de diciembre. Dejó su coche frente al Banco Hapoalim de Gaza y comenzó a descargar mercaderías para un cliente. Shlomo Sakal era agente de ventas de la industria Keter Plastik y ya se había acostumbrado al silencio tenso de los territorios: llevaba más de cinco años en ese destino.

Trataba de descargar dos cajas con vajilla del baúl del auto cuando sintió que una hoja helada le atravesaba la espalda. Tenía cuarenta y cinco años, y se desplomó como una marioneta en medio de la calle, dejando una hilera de platos verde agua que corría desde la vereda.

No pudo escuchar nada más: sólo vio entre sombras los rostros de algunos árabes del lugar que lo trasladaron hasta el hospital Maamdani. Allí murió.

Esa tarde las mezquitas llamaban a la venganza por el asesinato de la ruta.

Había comenzado la guerra de las piedras.

Tel Aviv,

Madrid,

Buenos Aires Marzo a julio de 1988

ANEXO

GUERRA DE LOS SEIS DIAS

Junio de 1967

Causas

Versión israelí

Egipto, con el respaldo de otros países árabes, adelanta fuerzas masivas a lo largo de la Península del Sinaí hacia la frontera con Israel y, simultáneamente, ordena de Gaza, el desierto del Sinaí y la región del Golán, en Siria. La lucha cesó después de cuatro órdenes de cese del fuego emitidas por el Consejo de Seguridad. Israel ignoró las órdenes hasta que logró sus ambiciones territoriales.

Versión árabe

Hubo un sorpresivo ataque israelí a los aeropuertos egipcio y sirio. Este ataque fue seguido por la Invasión israelí de la ciudad vieja de Jerusalén, la Franja a las Fuerzas de Emergencia de la ONU que abandonen el área. El Estrecho de Tirán vuelve a cerrarse a la navegación israelí.

Consecuencias Israel ocupó la ciudad vieja de Jerusalén, alcanzó las riberas del río Jordán y el Canal de Suez, y tomó las alturas dominantes del Golán, en Siria.

GUERRA DE YOM KIPUR

Octubre de 1973

En otro intento de destruir al Estado, Egipto y Siria lanzan simultáneamente ataques sorpresivos contra Israel.

Ningún estado árabe sostiene ya la afirmación de destrucción del Estado de Israel. Los ataques constituyeron una respuesta a una avance israelí en la zona fronteriza.

Estados Unidos auspicia un cese del fuego que pone a la dos semanas término a las hostilidades. Los acuerdos de cese de fuego con Egipto se transforman en los precursores al Tratado de Paz gestionado por Carter en 1979. El cese de fuego convenido con Siria da por resultado la retirada israelí en la Meseta del Golán.

GUERRA DEL LIBANO

Junio de 1982

(También denominada «Operación Paz para la Galilea» o «Letanía Mayor» por el Ejército Israelí)

Los terroristas de la OLP, tras instalarse en el sur del Líbano y establecer sus bases militares en la frontera norte de Israel, lanzan violentos ataques de artillería y cohetes contra Israel.

La guerra fue consecuencia de un intento del entonces primer ministro Begin y el ministro de defensa Ariel Sharón de inmiscuirse en la política interna del Líbano, tratando de formar allí un gobierno pro israelí con la alianza de las Falanges Cristianas, grupos de ultraderecha católica manejados por la familia Gemayel. La sociedad israelí se divide ante la guerra, y cantidad de soldados se niegan a cumplir con el servicio en el frente. Begin renuncia a su cargo. Se produce la matanza en los campamentos de refugiados de Sabra y Shatila, donde las Falanges Cristianas junto a oficiales del ejército israelí asesinan a 460 integrantes de la población civil, entre ellos mujeres y niños.

LINEA VERDE

La línea verde es la que separa Israel de los territorios ocupados en 1967, recibe este nombre porque este es justamente el color del límite entre los territorios israelíes, cultivados, y las tierras color ceniza. Lo que sigue es un análisis, área por área, de los sitios en que la división entre las dos sociedades -conquistados y conquistadores- se cumple y en donde no.

TRABAJO

El cuarenta por ciento de los trabajadores de los territorios trabaja en Israel. Los trabajadores de los territorios no tienen derechos sociales.

COMERCIO

El sesenta por ciento de los productos que se consumen en los territorios provienen de Israel.

DINERO

La gran mayoría de los productos agrícolas que se consume en tierras ocupadas se produce localmente.

Gran parte de la actividad financiera de los territorios se realiza a través de bancos y casas de campos israelíes. El Banco Cairo-Alemania trabaja sólo en los territorios.

IMPUESTOS

En los territorios existe el VAT (representa el 15 %, es una especie de impuesto al valor agregado) sobre todo los productos, al igual que en Israel. En los territorios no hay impuesto a la renta.

INDUSTRIA Y AGRICULTURA

El gobierno civil israelí controla su desarrollo en los territorios. No hay inversión fabril israelí en los territorios ocupados.

AGUA

El agua se centraliza en Israel y en los territorios a cargo del Estado.

ENERGIA

La central eléctrica israelí está en los territorios, y fue prohibida una iniciativa local para producir energía. También el combustible es vendido por Israel.

TRANSPORTE

Las rutas fueron construidas por Israel. La población de los territorios usa en red de ómnibus y taxis locales.

SOCIEDAD

No hay contacto entre los israelíes y los árabes.

EDUCACION SUPERIOR

Los árabes estudian sólo en universidades locales.

CULTURA

Los territorios tienen cultura local.

COMUNICACION

La población de los territorios ve y escucha la radio y la TV israelí, con subtítulos en árabe.

La población lee diarios locales, y escucha radio y TV jordana y siria.

COLONIZACION

La colonización judía en los territorios tiene la misma forma y comportamiento de los dos lados de la línea verde. La colonización judía en los territorios tiene una capa religiosa nacionalista diferente a la colonización dentro de Israel, mucho más heterogénea. Los habitantes se sienten parte del territorio, y ven las aldeas de los alrededores como parte de Jerusalén. Ninguno de los habitantes de los territorios fue candidato para la Prefectura local.

JERUSALEN

Es una única municipalidad y hay contactos económicos y de relación; árabes trabajan en el sector judío, y el 40% de los árabes votaron en las elecciones municipales.

ARABES-ISRAELIES

Los árabes-israelíes han demostrado su sentimiento nacional ligado a los palestinos de los territorios. Se diferencian de los habitantes de los territorios porque tienen nacionalidad básica con el Estado.

DEMOCRACIA

Los habitantes de los territorios no tienen derechos democráticos.

SITUACION INTERNACIONAL

En relación a todos los organismos internacionales la frontera israelí es la línea verde.

SALUD

Casi nunca los habitantes de los territorios son internados en hospitales israelíes. En los hospitales de los territorios sólo son internados árabes.

JUSTICIA

Los habitantes de los territorios pueden recurrir, cuando el juicio no es militar, a la Corte Suprema. En los territorios se aplica la ley del mandato británico y jordano. Junto a las cortes locales funcionan cortes militares. Es el gobierno militar de cada región el que nombra a los jueces de las dos cortes.

EJERCITO

El ejército está presente por igual a los dos lados de la línea verde. En los territorios el ejército cumple «funciones especiales»

MAPAS LOCALES

Ha desaparecido la línea verde

PROGRAMAS POLITICOS

En todos los partidos políticos la línea verde -a favor o en contra de la devolución de las tierras- es tenida en cuenta.

LA OCUPACION EN CIFRAS

Gaza Territ Israel Cisjordania

Población total (en miles) 813 525 1338 4290

Menores hasta 14 años 367 245 612 1350

Crecimiento demográfico 1,9% 2,5% 4,6% 2,8%

Hogares en automóvil (%) 10% 14% 12% 50%

Hogares con teléfono (%) – – – –
 Hogares con televisor (%) 8,5% 6,5% 8,0% 65%
 Hacinamiento (%) 38% 36% 36,5% 1,5%
 Consumo diario de calorías 2860 2550 2680 3100
 Mortalidad infantil (por mil) 28 34 32 14
 Sueldo mensual (en u\$s) 221 209 208 561
 Datos válidos para 1985. Extraídos de la revista «Nueva Sion»

BIBLIOGRAFIA

La información básica del libro proviene de reportajes directos del autor a:

Roby Nathanson (Juventud del Partido Laborista), Abraham Alon (Histadrut), Latif Dori (Comisión Árabe del MAPAM), Hussein Wahidi (periodista, residente en Gaza), Rashad Al Shawa (exintendente de Gaza), Ari Yaffe (reconocido y veterano dirigente del MAPAM), Víctor Blit (MAPAM), Ran Trainin (teniente coronel reservista del Ejército Israelí), Ioram Meron (Director del Centro de Estudios Árabes), staff de dirección de la revista New Out Look, Said Atamni (integrante de la Comisión de Solidaridad de la aldea Baka Ei Garbí), Lutfi Muasi (vicepresidente del Consejo Local de Baka), redacción del Derej Hanitzotz (semanario cerrado por la censura militar en Jerusalén), Yuda Litani (periodista del Jerusalén Post), Moshe Una (Partido Religioso Nacional), David Shajan (Centro Internacional por La Paz), Ezra Rabin (Secretario general del Kibutz Artzi), Uri Pinkerfeld (especialista en Asuntos Árabes).

A la vez, han sido consultados los siguientes libros: Israel, de Amos Perlmutter, Espasa-Calpe, 1987. The question of Palestine de Isaiah Friedman, Routledge and Paul Kegan, 1973. Israel's Political-military doctrines, por Michael Handel, Center of International Affaires Occasional Papers, num. 30, Harvard University.

Israel: la guerra más larga, por Jacobo Timerman, Muchnik Editores, 1983.

Palestina, los árabes e Israel, por Henry Cattán, Siglo Veintiuno 1987.
 Sobrevivir: el Holocausto una generación después, por Bruno Bettelheim, Crítica Grupo Editorial Grijalbo, 1981.

Informe de la Comisión Kahan, por Itzjak Kahan, Aharon Barak y Iona Efrat, La Semana Publicaciones, LTD, 1983.

MAPA DE LOS TERRITORIOS OCUPADOS



P/L@ – 2000
Para leer por e@mail

<http://es.egroups/group/paraleer>
e@mail: paraleer@data54.com

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
10/07/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com